

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)



# CUÁZULES

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

This document was created using  
SOLID CONVERTER PDF  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

© Valentina Luján, 2007  
ISBN 978-1-84753-771-3  
Published By Lulu

# Cuázules

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

Valentina Luján

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

No sé si es esto lo que quiero hacer, pero tampoco sé si hay otra cosa que sepa si querer hacer. Voy a tratar tan sólo de ocuparlo, de caminar, a ratos, al menos, no arrastrada por él, ni empujada ni empujándolo, que no se dejaría.

Me quedo parada con los brazos cruzados, intentando imaginar cómo dar los primeros pasos, cortos o largos, dubitativos o resueltos. Y cuando vuelvo a mover las manos no tengo una idea ni aproximada de cuánto rato ha pasado, y desconozco en qué ha empleado él ese mismo rato, y miro con perplejidad atrás y adelante y a los lados ignorando si me adelantó o se detuvo cuando me rezagué.

Mal empezamos.

Siempre se me ha dado mal caminar en compañía, adecuarme al paso de otro, encontrar temas de conversación para el camino, decidir a medias al llegar a una esquina si doblar o seguir adelante y, cruzando las calles, debatirse apresuradamente ante el muñequito oscilante entre apretar el paso o tan sólo pararse, apostando en silencio y muy de prisa si los dos caminantes nos precipitaremos hacia la misma decisión en el mismo instante.

De una forma totalmente tonta la solución al problema la vino a dar la lavadora terminando de centrifugar sin intención ninguna y llamándome a

calladas voces con su repentino silencio. Ya voy, ya voy, un momento. Qué estupidez.

Y allí me lo dejé, o aquí, en mitad del tráfico o encima de la mesa, salvando en pocos minutos los escasos metros que separan el cuarto de estar de la cocina sin atender para nada a los semáforos ni a las esquinas.

Eso sí, en cuanto llegué lo primero que hice fue apoyarme contra el aparador, encender un cigarro, cruzar de nuevo los brazos y quedarme con la mirada fija en cualquier parte, debatiéndome entre echarme la bronca por mi temeridad o felicitarme por mi arrojo.

Luego abrí la ventana, coloqué las pinzas sobre el alféizar y, cuando parecía que iba a aplicarme a tender la ropa, sonó el teléfono, solté todo, corrí, lo agarré, contesté, eras tú.

Cuando regresé allí estaba, parado y quieto, tan sin forma ni color ni tamaño ni sonido como lo desconozco desde siempre, pero no pude arrancarle el secreto de si en verdad no se había movido durante los minutos en que te escuché, te hablé, te imaginé, te besé la frente y te acaricié el pelo o si, por el contrario, se había demorado vertiginosamente por entre la distancia, y a lo largo de las palabras, y a través de los labios míos en tu frente, y en torno a la imagen sin contorno que no representa algo tangible o intangible, real o irreal, efímero o eterno.

En cuanto a la actitud que tomé yo para con él diré que se asemejó a la suya, que tampoco él a mí pudo arrancarme mi secreto de si en verdad lo considero el tiempo grande al que pertenezco o el tiempo pequeño que me pertenece.

Y así marchamos juntos recorriendo el camino, a ratos dialogando como extraños, a veces en silencio como viejos amigos.



Me encantaría desear dar la vuelta al mundo, o desear ser joven o guapa o rica.

Debe de ser fantástico tener ilusiones.



Él había dicho ya no te quiero estoy harto de ti adiós y yo me había quedado ahí de pie no sé si cruzada de brazos o únicamente sujetándome los dos lados de la bata que me está un poco estrecha y además se le había caído un botón. Ahí de pie y cruzada de brazos como si dijéramos sin saber cómo reaccionar ni qué tenía que hacer y dudando de si encender un cigarrillo y fumarlo muy nerviosa y con dedos temblorosos o mordisquearme las uñas entre irritada y compungida al tiempo que las lágrimas se deslizasen lentamente por mis mejillas o servirme una copa de coñac y depositar de nuevo la botella sobre el aparador con gesto muy brusco y bebérmelo de un trago y muy abatida o pasearme furiosísima por la habitación largando al aire un poco cargado un monólogo dramático y desgarrado acerca de lo desgraciada y malísimamente tratada que me sentía y dando patadas a las cosas y tirando y rompiendo todo lo que me viniera a mano o a pie.

Y ahí seguía, sin decidirme.

Eché un vistazo a mi alrededor. Sobre la mesa del salón un paquete de cigarrillos Light, los que fuma mi hija, que no me gustan y son muy insípidos, además no vi mechero, que siempre pasa, seguro que en alguna parte había seis o siete de todos los colores bien juntitos pero vaya usted a saber dónde.

Bueno, pues las uñas. Y descrucé las manos muy decidida pero, la verdad, no fui capaz. Estaban absolutamente impecables, justo recién hechas por la manicura, bueno, del día anterior por la tarde, perfectas, rojas, brillantes y bien pulidas. No me sentí con fuerzas para dejarlas hechas un desastre por total y a fin de cuentas un simple disgusto grandísimo y un abandono muy doloroso y un insulto muy brutal desde luego porque eso sí me había dicho gorda y no es que se me quedara grabado así como que muy especialmente pero me vino a la memoria cuando al volver a cruzar los brazos una vez descartada la reacción espontánea de morder las uñas tuve que tirar con un punto de brusquedad de ambos lados de la bata que le faltan cuatro dedos para cruzar, la verdad sea dicha.

La opción del coñac tampoco tenía muchas posibilidades de prosperar. Pues porque no me gusta y porque no forma parte de mis arranques impulsivos ala un lingotazo. Que no.

Yo, para beber, necesito un buen rioja si es acompañando una buena comida distendida o un champán o por lo menos un buen cava si es pescado o caviar o unas ostras. Muy de tarde en tarde una copita de vino dulce, un oporto, con alguna que otra golosina. Nada más.

Lo de las patadas lo rechacé de plano nada más pensarlo, que no tengo formato. Se lo he visto hacer en las películas a algunas mujeres enfadadas, pero todas las que me venían a la cabeza eran más jóvenes, y más altas, y tenían el pelo muy largo y, sí, quedaban graciosas en su indignación. Pero yo, ya un poco redondita y de mediana edad y con mis bucles que apenas si dan para media melena, pues, no sé, que no me veía y me asustó el imaginarme un poco grotesca aunque no me estuviera mirando nadie.

Y allí estaba, inmóvil como una estatua, sin tomar determinación ninguna.

¡Ah! Sí, sí, ya lo sé que hay muchas cosas que poder hacer desde las grandes soluciones rotundas a las pequeñas escapatorias cotidianas. Desde salir por la puerta y no volver ya nunca a enderezar un cuadro pelín torcido. Desde prender fuego a la casa a quitarse un pelo de una ceja.

Pero no se trataba de eso. Lo que yo buscaba era un estado de ánimo en que instalarme, un sentimiento, el que fuese, en que refugiarme. Deseaba con vehemencia tener ganas de echarme a llorar como una magdalena, ardía en deseos de desearle todo lo peor del mundo, me moría de ganas por encontrar dentro de mí una briznita de rencor que me impulsara a afanarme en la maquinación de cualquier venganza disparatada (veneno para cucarachas en la comida o acusarle de haber asesinado a una anciana tía lejana o de haber violado a una menor sobrina carnal suya para más agravante) que se me antojaba tan imposible y tan absolutamente ridícula que hubiera podido estallar en carcajadas de no ser por la firmísima determinación que me asistía de no dejarme llevar por la hilaridad.

Porque yo, por encima de todo, quiero ser coherente, razonable, lógica. Quiero llorar cuando lo que procede es llorar, quiero reír cuando la ocasión lo requiere, cantar cuando un hermoso día de sol así lo pide, malhumorarme si el pedido del supermercado no lo traen sin falta antes de la una tal como prometieron, y quiero estar aterrada en una película de miedo, intrigada en una de intriga y expectante en una de suspense; y quiero saberme conmovida en un velatorio y regocijada en un bautizo, y aborrecer a la mala gente y adorar a las personas adorables. No es

tan difícil ¿no? Que a cada cual lo suyo, a tal señor su tal honor y a cada din su cada don.

Bueno, pues no. Se dice muy pronto, pero resulta que es que no. No sé por qué pero lo que sí sé es que es que no. Sé que no sé hacer lo que en cada momento y ante cada situación debiera, y sé también y sin el menor resquicio de duda que sé qué nunca se debe hacer. No sé, sin embargo, y aunque pueda parecer una bobada, que bien lo pudiera parecer, no digo que no, hacer lo que sí se debe hacer.

Sufro. Sufro y es comprensible que sufra ¿no?; cualquiera, por muy despiadado e inclemente que sea, podrá darse cuenta de cuán insufrible resulta ser consciente a cada momento y en cada instante de una vida de andar equivocándose constantemente, de permanecer continuamente deambulando de un error a otro y saliendo de la duda para entrar en la zozobra, de luchar enconadamente por lograr la dulce victoria del sosiego aun a riesgo de paladear el amargo sabor de la derrota que conlleva el triunfo.

Triunfar es un fracaso siempre. El triunfo es el final de la búsqueda, es la quietud, la inmovilidad, el abandono. El triunfo es espantoso, abominable, odioso.

Por eso yo no he triunfado nunca, afortunadamente.

Claro que, no sé, tal vez sí. Tendría que preguntar a otros, conocer su opinión, saber si para ellos hay que ver qué suerte tengo. Podría telefonar a mi hermana, por ejemplo, y preguntar “¿me tienes envidia?”.

Pero no sacaría nada en claro, seguro; mi hermana tiene envidia siempre, de todo el mundo. Eso sí, lo niega sistemáticamente, nunca jamás en la vida la he visto admitir envidiar algo. Y a mí eso me parece fantástico, prodigioso; en más de una ocasión



siendo niñas la vi verde pero verde verde de envidia y negando empecinadamente “pues no me gusta, no me gusta y no me gusta” un cachorrito precioso que le regaló a la prima Emérita su madrina. Pero yo no valgo, la verdad, en cuanto me descuido se me olvida el orgullo, la dignidad y todas esas cosas y suelto así tan campante y sin ningún problema “qué bonito, me gustaría que fuese mío” aun cuando ya no se trate de cachorros ni nada por el estilo. No sé, pues cualquier cosa, unos ojos azules, unas piernas muy largas, qué sé yo, esas miles de cosas que siempre están en el cuerpo de otras, en sus vidas. Hijos cariñosos, por ejemplo, pues los míos no lo son, sinceramente, y me pongo muy triste cuando oigo a mi cuñada Claudia deshacerse en alabanzas acerca de qué afectuosos son, cuánto la quieren, de qué modo los suyos elogian sus guisos y su repostería.

Yo cocino muy mal, debo reconocerlo, no me extraña que mis platos no sean muy festejados; pero sí me he esforzado en otras muchas cuestiones por lograr que tuvieran una niñez dichosa. Jamás impuse mi voluntad, dediqué cada minuto de mi vida a observarlos y tan pronto los notaba un poquito apagados ya andaba preocupada con qué les pasaría. Leí para ellos cuentos a las cabeceras de sus camas mientras quisieron escucharlos y cerré la boca tan pronto los rechazaron. Contemplé en vilo cómo Daniel, con dos años y medio, se encaramaba paciente y laboriosamente primero a una banqueta, de ahí a una silla del comedor que previamente había arrastrado tropezando con todo, de ahí al tablero de la mesa de la cocina, a sobre la lavadora y, con el tostador sirviendo de escalón, a lo alto de la nevera; y yo allí, tan natural, tan tranquila, haciéndome la distraída con un nudo en el estómago y tratando de recordar dónde estaban las llaves del coche para salir

pitando a urgencias, limándome las uñas como si nada.

Bajar ya era otra cosa y empezó a berrear. Lo coloqué en el suelo y me calmé.

Y aquello fue todo cuanto escaló en la vida, aquello y puestos de responsabilidad o prestigio o algo así en una empresa muy importante de no sé qué. Tiene secretarias, chóferes, mucho servicio en casa, y mucho lujo y muchas porcelanas y una mujer muy guapa. Pero nada más. Todo cuanto ha visto del mundo ahí lo tiene archivado en cintas de video con su fecha y su título. Sí, también ha escalado alguna montaña en viajes de esos que llevan incluidos emoción y riesgo y aventura; pero, él, a ras del suelo siempre.

O a lo mejor no tanto. No sé. Tal vez lo conozco poco. Con los hijos pasa a veces, quizás, que por dejarles libertad, y no inmiscuirse, y no interferir, se termina una por alejar sin quererlo, se acaba teniendo menos diálogo con ellos que con cualquiera de sus amigos. Clámide por ejemplo, a veces me acuerdo de ella, se sentaba conmigo en el cuarto de estar y cigarrillo tras cigarrillo me hablaba de cantidad de cosas; de sus padres, de su vida, de sus inquietudes, de su concepción del mundo y de las relaciones entre las personas y yo la escuchaba con gusto; me agradaba su forma fluida de traducir el pensamiento a palabras, su facilidad para transmitir conceptos a mi juicio muy intangibles, muy complejos. A veces se paraba en seco, me miraba con los ojos muy abiertos y las manos alzadas separando mucho los dedos e inquiría “¿tú cómo lo ves?” y ahí me ponía la pobre sin quererlo en un grandísimo apuro, que me azoraba y me daba mucho agobio el saber que para hacer yo lo mismo, para transmitirle yo a ella qué yo pensaba, no encontraba yo en mí

aquella agilidad mental tan deliciosa en ella ni su prodigiosa capacidad de síntesis. Yo, que me pierdo y me he perdido siempre en consideraciones, apreciaciones, matizaciones, esques, aunques, peros y sinembargos, no obstantes y sibiennoes y nobiensies; yo, que antes de aventurarme a afirmar incluso lo más incuestionable o evidente he de sopesar si no estaré siendo parcial o subjetiva en exceso y, por quitar hierro, termino instalándome en muchas ocasiones en una ambigüedad dubitativa que, por buscar un símil, no sé si se asemeja más a una sopa fría o a un gazpacho caliente.

Mi propia hija no se enfrascaba nunca en temas tan apasionantes, al menos no conmigo, tal vez sí con la madre de Clámide.

Luego había otra que... ¿cómo se llamaba?...un nombre rarísimo que no le pegaba nada... ¡caray!... ¿cómo era? Y lo tengo en la punta de la lengua...ay... qué rabia...no tenía absolutamente nada que ver con su aspecto. Ella era alta, fuerte, vistosa y espectacular y bastante atractiva y se llamaba... ¿Liviana?...No, no era Liviana, igual de inadecuado pero no era Liviana... ¡Lavinia!..., no, Lavinia no me sugiere nada...

La...li...nia...mi... ¡caramba!...¡¡¡Nimia!!!

Nimia. Qué bien, qué gusto. Pues, Nimia, también hablaba mucho pero de otra manera, también me pedía a veces opinión pero de otros temas. Su fuerte eran los chicos, las conquistas, los amoríos, los celos, los sufrimientos, los arrebatos, los suspiros.

Qué agonía.

Ahí me desenvolvía yo mejor porque, aunque en este caso lo que me pasaba es que no sabía qué decirle, admitía mi incapacidad sin ningún apuro y con dos palabras.

-Pero – me respondía – estás casada, has tenido que tener novio primero, ¿no?

-Pero no tiene nada que ver.

-Pero...

-No hija, nada.

¿Qué podrían haber tenido en común sus inquietudes y sus zozobras con el noviazgo tranquilo y apacible de mis veinte años?

Con los amigos de Daniel era diferente; un chico con una señora tiene poco en común y aunque todos me trataban con mucha amabilidad no entraban en profundidades, claro que...más valía...que si alguna vez rompían la norma (por ser corteses, pobrecillos) me hacían sentir totalmente perdida en qué sé yo qué autopistas de información o inconcebibles realidades virtuales enteramente fantásticas cuando no en unos sonidos (sin armonía ninguna a mi modesta oreja) que con mucha gentileza me ofrecían desde los auriculares que, en mi honor, retiraban por un instante de sus oídos. Entonces, el que fuese, me decía:

-¿Qué tal?, ¡eh!

-Extraordinario.

Yo respondía “extraordinario” purititamente por contestar algo, pero, como mi facilidad para el disimulo fue siempre tan por completo nula, no había forma de que me viniera a la boca palabra alguna de mi uso habitual como hubieran podido ser “muy bonito” o “encantador” o “delicioso”; y decía eso, “extraordinario”, como mero recurso y al buen tuntún.

Yo no sé si continúa teniendo amistad con alguno de ellos, pero tengo la impresión de que no. Con los amigos de juventud suele ocurrir. No están regidas estas relaciones por la arbitrariedad irracional de los impulsos; no tienen, como tampoco lo tiene el



amor convencional y sí y sólo el amor verdadero, la espontaneidad ni la frescura de lo no buscado y sí encontrado así, sin más ni más, y sin valorar ni poco ni mucho si ha de ser para bien o para mal.

Son, las de juventud, amistades mediatizadas (también en la madurez las hay, dicen) por el entorno, por las circunstancias (circunstancialidad semejante a la del amor convencional), porque aquel es el que más cerca vive de entre los compañeros de colegio, o porque tiene buena letra y es cómodo que te preste los apuntes, o porque ha cogido la costumbre de utilizar cualquier cachivache que él no tiene y tú sí. Un toma y daca, en fin, un trueque.

Cuando no hay qué pedir ni qué ofrecer, adiós muy buenas.

Prudencia sí conserva algunas amigas de la adolescencia, pero ninguna es Clámide. Con lo que a mí me gustaba aquella chica.

No sé qué pasó con ella. Bueno, sí, que se marchó a otra ciudad y que al principio se escribían y hablaban por teléfono. Luego, ya, no sé.

Prudencia es mi hija. Sí, lo elegí yo. Su padre no se opuso, dijo que era raro pero no se opuso. Mi madre sí, pero porque con las madres nunca se sabe, o se van hacia nombres espeluznantes de tiabuelas imposibles o se decantan por exotiqueces abominables de serial de sobremesa. Mi suegra discrepó con mi madre, como debe ser, pero en la misma línea: la tiabuela suya, y el serial de otra cadena.

A mí es que me gustaba la alegoría de alguna virtud. Me tira lo alegórico, lo sugerente, lo que remite a.

Pero a veces me asalta la duda de si no fue mi elección una agresión a la justicia y le impuse a la criatura, amén de Prudencia, la obligatoriedad de la

fortaleza indispensable para llevar semejante nombre con templanza.

Lo cierto es que no se ha quejado nunca. No sé si es que acerté o es que es discreta. Eso sí, prohibió expresamente y en un tono que no otorgaba ni una pizquita de margen a la concesión, tan pronto fue medianamente adulta, que la llamasen Pruden. Y tenía razón...

Pero por lo general es poco expresiva, no se va a los extremos, rara vez se muestra demasiado alegre ni demasiado triste; puedo contar con los dedos de una mano cuántas veces, en los cerca de treinta años que tiene, ha soltado un exabrupto. También podría contar los besos.

No sé. Me gustaría que fuese más abierta, más comunicativa. Su hermano lo es; habla, se ríe, hace bromas, eso sí, casi siempre algo ácidas, mordaces, resentidas. Creo que le falta dulzura.

Mi nuera, mira tú por dónde, es mucho más afectuosa que ninguno de ellos. Me telefonea con cierta frecuencia, simplemente por nada, sólo para saludarme y preguntarme cómo me va la vida. Nunca pidiendo nada, ni siquiera siendo los niños pequeños dejó jamás caer así como de pasada que le echara una mano. Y se podría decir que es, y sería natural, que prefería para tales menesteres a su propia madre; pero no, que no la tenía...cerca, quiero decir. Vive en Italia.

Sí que me dijo muchas, muchísimas veces, y me lo sigue diciendo “vente a pasar el día, te mando el coche ¿quieres?” pero suelo decir no gracias. Y es que mi hijo me resulta un poco cargante, la verdad.

Además, hago yo aquí más falta.

O puede que sean ilusiones mías. Lo mismo no es verdad.

Mi hermana dice incluso que hago mal, que soy tonta, y dice que no lo dice por lo que hago, que eso le da igual. Que soy tonta si me creo que a cambio voy a recibir un poco de gratitud o reconocimiento.

Yo no le discuto porque tengo la impresión de que no me creería; si lo que una le dice no cuadra con su propio criterio no atiende a razones, afirma categóricamente que le estás mintiendo. Y eso me pone negra.

¿Por qué tiene que suponer que espero gratitud?, ¿por qué no puede admitir que estoy a gusto?

Eso sí, lo que no le cuento nunca son estos pequeños sinsabores. Que, sí, es verdad que yo mentir no miento, pero también es verdad que hay verdades que me callo, porque ¿para qué?

Me respondería si se los contara que me está bien empleado, que yo tengo la culpa. Efectivamente yo tendría la culpa, pero no por lo que pasa, que a fin de cuentas no es nada; tendría la culpa por contarle justo en el momento, cuando estoy contrariada por ello y un poquito furiosa...la verdad, dando una visión posiblemente desmedida de los hechos.

Y, luego, ¿qué? Que empieza una tontería a crecer y a crecer, lo mismo que al rodar se hace mayor una bola de nieve y se empiezan a extender bulos sin fundamento ninguno como reguero de pólvora.

Y si no, mira lo que pasó con la prima Práxedes, el drama que organizaron entre todos y ella totalmente ignorante de tanto jaleo. Lo que pasa es que ella se lo tomó muy bien y, cuando por fin se enteró...Y se enteró porque la otra, su prima y prima mía, Emérita, la del cachorro, con mucho misterio y muchos remilgos, como en plan redentor o algo parecido, la citó en secreto en su casa una tarde y, con un té con pastas, le dio pelos y señales de lo que

“a tus espaldas, Práxedes” estaba sucediendo “¡y bien sabe Dios cuánto siento ser precisamente yo quien te está dando este disgusto!”. Y lo decía muy compungida y con lágrimas en los ojos.

Y Práxedes como que no le prestaba mayor atención y seguía comiendo pastas y bebiendo de su taza de té a sorbitos pequeños. Y luego encendió un cigarrillo, con mucha parsimonia, y, sin perder su media sonrisa que era natural en ella, que la tenía siempre aunque nadie la mirase, que hasta dormida, oye, que yo la vi muchas veces, cuando éramos niñas y compartíamos en verano la habitación en aquel caserón inmenso de la abuela Romana, y, sin perder la sonrisa, se volvió y miró lentamente a los ojos a Emérita, puso los labios redonditos como una rosquilla, soltó un chorro de humo, continuó sonriendo con su sonrisa natural de siempre, y, cuando la otra emergió medio ahogada de la nube vaporosa que poquito a poco se difuminaba entre mucho sonar de mocos y de toses y los ojos irritados irritados porque Emérita no fumaba ni bebía y tan pronto la atmósfera que la rodeaba dejaba de estar absolutamente impoluta se ponía malísima porque era una especie de flor de estufa frágil y delicada y melindrosa que no servía para nada excepto para ser un incordio allí donde estuviera, que todos la temían amén de por su lengua por la cruz que representaba tenerla que soportar sin retorcerle el pescuezo, levantó Práxedes su mano derecha como si de nuevo fuera a llevarse el cigarrillo a la boca redondita y muy roja, pero, a medio camino, hizo como que cambiaba de idea, y alargó la mano en ademán de querer apagar el cigarrillo pero, percatándose de que no había cenicero, volvió a alzar los ojos hacia Emérita, volvió también a acentuar la sonrisa, dijo “no hay cenicero” y, en tanto la otra abandonaba su asiento



por acercarse a la puerta llamando a la doncella, ella se levantó también, dio unos pasos hasta la ventana y se quedó allí quieta, mirando hacia la calle. Y, cuando oyó los pasos de la doncella ya muy cerca, empezó entre muchos sollozos y mucho sacudir de hombros como de quien está muy afligido o muy agobiado a proclamar, así, todo seguido de un tirón, que “Oh, Emérita”, y que la perdonase “por importunarte con mis problemas, pero no tenía a quién contárselo y... ¡Estoy tan atormentada! Orestes no sabe nada y quisiera que continuase sin saberlo; así no sufre”

Emérita no sabía por dónde le llegaban los tiros y no atinaba a tartamudear otra cosa que “¡Ah! ¡Oh! Pero...” y Práxedes la interrumpía con “no, querida, no te esfuerces en decir nada, ¿qué puede decir nadie?” y, cuando Emérita pretendió volver a abrir la boca, terminó, dando un profundo suspiro, “aunque siempre queda la esperanza de que no sea del todo cierto, ¿verdad?”

Y se volvió con gesto muy sereno y muy aplomado retirándose el pañuelo de los ojos y guardándolo en el bolso.

“Ahora debo marcharme. Te agradezco infinito el haberme recibido”.

Y aquello ya sí que fue un caos entero y verdadero y en toda regla y con todas las de la ley. Que no había quién se aclarase ni atara ni juntase cabos ni era posible dilucidar si es que Práxedes estaba gravemente enferma o el que tenía una enfermedad irreversible era él o si es que había tenido un hijo con otra o si es que ella había contado (en el trozo que la criada no había oído) que él era quien había asesinado a una desconocida que apareció muerta, por pura coincidencia, en un descampado a las afueras de la ciudad.



Y, para poner la guinda al merengue de la confusión y el desconcierto, ¿quién rayos era Orestes?; que no había nadie en la familia, ni entre los conocidos, ni en la ciudad ni en los contornos. Nadie con semejante nombre.

“Ahí tienes la prueba – le decía ella a él con su media sonrisa tan natural de siempre – de que esa mema (por Emérita) y su criada son unas locas o unas maledicientes ¿Cómo voy yo a decir así, una detrás de otra, semejante sarta de sandeces?, ¿eh? Es para morirse de la risa, y...Orestes... ¡Orestes!... ¿pero se puede saber quién es Orestes? Pues como eso con todo”.

Y que lo mejor era no hacer ni caso.

Pero entre unas cosas y otras, la historia original que dio lugar al té con pastas de marras se fue a pique quizás porque la involucrada (que ya muy viejecita Práxedes se resolverá esperemos a desvelar su identidad, que de momento no suelta prenda e incluso se mantiene en sus trece de que ni sabe quién era ni le importa un bledo) cogió miedo de que le contagiasen alguna enfermedad espeluznante.

A él, por su parte, le quedó seguramente y para siempre la duda de si el engañado no habría sido él mismo; más teniendo en cuenta que, algunos años después, abrió su bufete en la ciudad un joven abogado que había estudiado la carrera en Madrid, ciudad en la que, según alguno de los múltiples rumores que se desencadenaron, precisamente había vivido desde niño el hijo que ella tuvo de soltera con un viajante y que, ahora, adulto ya, regresaba a la tierra de sus ancestros por buscar sus orígenes.

“Pero... ¿tú ves qué mamarrachada? – argumentaba ella cargada de razón y de paciencia y sin abandonar su media sonrisa eterna – Si yo no he faltado de esta ciudad más de un fin de semana

excepto para ir a la casa de la abuela en el campo, los veranos y siempre con mis hermanas, o con las primas; jamás sola ¿Dónde ni cuándo pude yo pasar un embarazo sin que lo supiera nadie? ¡Dios bendito!”.

Y que era el colmo.

Y tenía mucha razón, que toda la familia y todo el pueblo sabía que no era posible de forma alguna ni de ninguna de las maneras.

Pero él la conoció pasada ya la adolescencia y llegando de lejos, por lo que no tenía elementos propios de criterio para dar lo que para todo el mundo era claro como el agua por cierto y verdadero.



Cuando comencé a acariciar la idea de poner en práctica esta digamos estratagema no la tomé muy en serio. Ni siquiera la consideré un disparate, simplemente pasó por mi pensamiento de forma fugaz, como una ráfaga, y le presté la misma casi nula atención que se les presta a las imágenes que se deslizan ante la vista cuando va uno conduciendo, por ejemplo, y pensando en sus cosas; o entra en una cafetería y sólo se centra en localizar a la persona con quien se ha citado y de las otras toma simplemente en consideración los rasgos más diferenciadores, los que más rápidamente evidencian que no son de la persona buscada.

Y así pasó bastante tiempo, meses tal vez.

Esporádicamente abría el cuaderno, pero lo cerraba casi de inmediato. De tarde en tarde aplicaba al asunto algo más de paciencia y me sentaba, provista de bolígrafo, y miraba las páginas en blanco fumando cigarrillos.

Lo más frecuente era que al cerrarlo de nuevo sin haber escrito ni una línea no me sintiera frustrada. Yo siempre digo que mi tiempo no es oro, de manera que no me aflige demasiado derrocharlo en nada.

Pero, por alguna razón que desconozco, mi actitud cambió inesperadamente.

Me desesperé, y me consumí, y me puse de mal talante. Horas allí sentada, esperando, y, nada, nada, absolutamente nada. Y ya me ponía manos a la obra de hacer trizas el cuaderno, hoja por hoja, furiosísima, cuando recordé que, meses atrás, había tenido el primer levísimo atisbo de lo que, ¿por qué no?, podía ser una hipotética solución. O tal vez no iba a serlo, ¿quién sabía?; pero sí que fue, por lo pronto, un alivio el aprestarme a intentar, al menos, ponerla en práctica.

Lo había escuchado una mañana de domingo, mientras gateaba por el suelo de mi habitación colocando piezas del puzzle Georges Seurat, Baño en Asnières, 2000 piezas.

No es que aquella persona se anunciara propiamente en la emisora. Era una mujer y el comentarista contaba que se había ofrecido como *escuchadora* por medio de publicidad en prensa.

Los de la radio la habían entrevistado poco tiempo después por recabar información y había explicado, decían (su voz no salía en antena), que, bueno, ella disponía de mucho tiempo libre y existen cantidad de personas deseosas de ser escuchadas, simplemente escuchadas. Ella era al parecer bastante culta y podía mantener diferentes modelos de conversación si el *hablador* se decantaba por el diálogo, pero, básicamente, lo que ofrecía era escuchar y escuchar a precio razonablemente módico (no especificaban) habida cuenta de que, no siendo ni psiquiatra ni sicóloga ni nada similar, no garantizaba,



para nada, brindar tipo de solución alguno a las inquietudes que aquejasen a su cliente.

¿Por qué no hacer yo algo parecido?

Parecido con pequeñas diferencias, por supuesto. Yo no podría ni debería cobrar, evidentemente. Muy al contrario, lo razonable sería pagar por ello. Mi situación económica no es excesivamente desahogada y no tenía la menor idea de qué podría costarme. Aún así me atrajo.

Conclusión, que inserté un pequeño recuadro en **anuncios por palabras** de dos diarios de amplia tirada.

La persona que me atendía dijo en tono interrogante “¿contactos?”, “¡no, no – me apresuré asustada – no quiero equívocos!”; y me colocó bajo el epígrafe de *Varios*.

Tan pronto lo publicaron me quedé perpleja ante tantísimas posibilidades como se abrieron ante mí. Claro que...algunas hubieron de ser descartadas sin contemplaciones por causas muy diversas.

Algunos, hombres, querían tirar por otros derroteros; derroteros por cierto por los que, para mi estupor, también querían tirar algunas mujeres.

Otros, y otras, habrían deseado ser admitidos (reconocieron necesitar dinero, sin rodeos), pero no había forma de sacarles, y eso a duras penas, más de cuatro palabras seguidas.

Yo necesitaba fluidez, por encima de todo. Memoria de ganas por alguien que hablara y hablara no importa de qué. El caso era llenar páginas y dejar de mirar desconsolada el cuaderno en blanco.

Pero eso fue sólo al principio. Cuando superé el paroxismo del arrebató inicial y, ¿por qué no decirlo?, vi que tenía mucho donde elegir, me volví selectiva.

Rechacé, a veces con pesar, los que residían en otra ciudad; que el teléfono a más de ser costoso (las

llamadas serían a mi cargo, por supuesto, amén de su salario; no sé si la palabra adecuada es *salario*, *suelo*, *asignación* o qué. Bueno, lo que sea), a más de ser costoso limita mucho, que la voz de alguien a quien no se conoce y así de buenas a primeras y sin gestos y sin cara y sin un entorno en que ubicarla queda pobre, raquítica, ramplona.

Los había que se cotizaban excesivamente caros. Al menos a mí y sin tener ni idea de precios se me antojaron caros.

Otros eran asequibles y muy habladores (*habladoras* para ser exacta, que caballeros llamaban muy poquitos) pero espantosamente aburridos, monótonos; sus voces sin inflexión ninguna.

Algunos podían ser muy amenos, no voy a negarlo, incluso divertidos pero, qué mala suerte, a mí no me interesaban sus temas.

También se dio el caso de que algunos señores no eran caballeros. Las *no damas* entre las señoras fueron menos.

Total, que me encontré a pesar de todo con una lista de candidatos bastante agotadora. De modo que, aquel domingo por la tarde, me instalé muy acomodada de codos sobre la mesa del cuarto de estar con buena provisión de cigarrillos y la lista a estudiar.

No sabía por dónde meterle mano, sinceramente.

Junto a cada nombre había yo colocado, con bolígrafo verde, unos pequeños símbolos a modo de código que en el momento de intuirlos se me antojaron inequívocos; y, sí, algunos lo eran y los podría reconocer en cualquier momento, pero las características que había ido atribuyendo sobre la marcha a cada una de aquellas personas resultaron ser tantísimas que terminé por hacerme un verdadero

lío con tal profusión de dibujitos. Era como sí, a fin de cuentas, no hubiese colocado ninguno.

Miraba la lista una y otra vez y me sentía desconcertada por momentos, angustiada a ratos, desanimada en ocasiones y confusa siempre.

¿Cómo era posible que estuviese tan acorralada con un repertorio tan amplio?

Sonó el teléfono. Sonaba ya muy pocas veces y esas pocas ya las contestaba con muy poquito entusiasmo. Los atendía por pura cortesía, me mostraba correcta y los añadía al listado sin ilusión ninguna. Pero como tampoco quería herir los sentimientos de nadie me puse de pie, encendí un cigarrillo y caminé hasta el teléfono sin prisa.

No soy capaz de saber explicar qué sentí entonces. El corazón me empezó a palpar como un potro desbocado y supe, sin la sombra de una duda, que podía tirar la lista a la basura, o prenderle fuego, o lo que fuera; ya no importaba, no hacía ninguna falta.

Aquella voz era un auténtico embrujo, algo increíble y no ya porque fuera más o menos bonita (que creo que ni me paré a evaluar su belleza). Es que era...no sé cómo decirlo... ¡cósmica!

Era una voz rápida aunque no presurosa y no es lo que dijera (que no importa) sino de qué manera sus inflexiones y su cadencia conferían movilidad, viveza, fuerza, ritmo, a sus manos, a sus labios, a sus ojos, lo que hacía estar enteramente viendo, oliendo, tocando, respirando el Universo entero con todos sus misterios, con todos sus silencios, con todos sus colores invisibles y todas sus texturas intangibles.

Durante la eternidad de unos segundos me quedé completamente muda, apabullada. Cuando al fin me recobré de la impresión comprendí, en seguida

y por fortuna, que por nada del mundo podía dar lugar a que se me escapara de las manos.

Que no había mirado el periódico antes, estaba diciendo cuando recuperé el conocimiento, porque no lo había estrenado hasta ese mismo mediodía. Que sí, que comprado lo tenía desde hacía ya un par de semanas (efectivamente mi anuncio había salido quince días atrás), pero que habían comido pescado nada más que un día y además al horno, y que por tanto no contaba.

Que lo compraba siempre en domingo cada tres o cuatro meses y no por ningún motivo especial, nada más porque tiene muchas más páginas como lleva esas de color sepia dedicadas a economía...sí, uno de los de páginas muy grandes, nunca el ABC, incluso una vez había probado – dijo – con uno inglés o americano no estaba segura porque las hojas son enormes “¿sabe?”, pero estuvo todo el tiempo deseando terminarlo porque el papel al ser un poco satinado absorbe fatal “no se hace usted ni idea” y además le gustaba, al agacharse a recogerlas, leer eventualmente lo primero que le cayese por puro azar al alcance del ojo pero de inglés no entendía ni palabra.

Que el suplemento dominical no lo aprovechaba jamás, que empapa aún menos que el Times “sí, el Times... ¿o tal vez el Herald Tribune? Bueno, no importa, no empapa nada y luego pones la casa perdida de aceite frito con las suelas de las zapatillas tan pringosas”.

Y yo allí maravillada, escuchándola absolutamente absorta.

Concertamos una cita. El Vips nos pareció a ambas un lugar lo suficientemente absurdo como para que en él cualquier tipo de situación resultara sin ningún tipo de *pero* razonable.



Ella rechazó lo de “en una mesa de la cafetería” aunque yo no pensaba decir nada de algún distintivo diferenciador y prefirió deambulando por la parte de la tienda “echando un vistazo por la sección de libros, ¿le parece?”. Y me pareció muy bien.

Llegué mucho antes de la hora convenida y, conforme a lo acordado, manoseé volúmenes con un ojo en el título y el otro en la puerta un poco nerviosa, que quizá había yo sobrestimado mi capacidad de apreciación y no la reconocía tan fácilmente, y por la sección de libros pululaban cuatro o cinco señoras.

Pero yo sabía que ninguna era ella.

Finalmente, con toda puntualidad, una señora de mediana edad (bueno, lo que yo denomino *mediana edad* y que siempre es la mía) se acercó al guarda jurado de la entrada y, apoyando sus palabras en el aletear de las manos, le dijo algo que por supuesto yo no pude oír, pero ya el ambiente entero del Vips estaba impregnado de ese no sé qué mágico que me había conmocionado a través del teléfono.

De manera que, cuando encaminaba sus pasos hacia el exhibidor de los perfumes para caballero, la abordé sin la menor vacilación.

No voy a extenderme en relatar los pormenores de aquella nuestra primera entrevista ni de las que tuvieron lugar después. Qué tipo de relación se diera entre nosotras, ni tiene la menor importancia, ni es el argumento de estas páginas.



A mí me parece que yo nunca habría reaccionado así. Bueno..., no sé cómo se estaría sintiendo, pero la salida que tuvo yo creo que no se me habría ocurrido jamás de la vida. Sí, que habría seguido comiendo pastitas y bebiendo té, igual que ella, pero, aquel

preparativo que organizó tan rápido a cámara lenta, con el cigarrillo y el discurso que preparó tan deshilvanado con toda meticulosidad improvisada para que ni juntara ni pegase nada con nada y, de remate, “aunque siempre queda la esperanza de que no sea del todo cierto”...Que no, que no, que en la vida de Dios podré yo ser tan lista.

Todo lo más que habría yo contestado a la prima Emérita habría sido “pero no veo que sea tampoco para abrirse las venas”; y es que a mí me da la impresión de que soy poco apasionada, o, todo lo más...porque cuando me veo ya muy acorralada sí que puedo hacer el esfuerzo de fabricar una pequeña mentira, pero muy pequeña, ¡eh!, y facilita, “pues ya lo sabía”. Pero nada más, o muy poquito más.

Creo que por eso he sentido siempre tanta atracción por la prima Práxedes. Porque la envidio, que no como mi hermana cuando lo del cachorro; cuando lo del cachorro y tantísimo detalles más a lo largo de la vida.

¡Pues anda, que cuando dejó a su verdadero novio y eso que estaba que bebía los vientos por él!... ¡Y por pura soberbia!

Pero en eso no voy a entrar.

Una cosa es que yo hable de las primas, por ejemplo. Pero yo no estaba allí, y si puedo relatar alguna que otra anécdota referente a sus vidas es porque ya otros las hicieron circular y así tales historias llegaron a mí. De modo que ahí no me siento yo obligada a velar por la privacidad de otros ni a hacer gala de un alarde de lealtad que no me concierne.

En lo tocante a mi hermana la cosa cambia. No cambia porque sea mi hermana, que eso me tiene sin cuidado, cambia en cuanto a que por el hecho de que nuestros primeros años, la infancia y la adolescencia,

trascurrieron en un entorno común en nuestra casa... bueno, la de nuestros padres, claro, no había opción a elegir ni para ella ni para mí qué era lo que cada una estaba dispuesta a dejar traslucir a la otra de su propia vida.

Figúrese. Si incluso compartíamos la habitación.

Cierto que cada cual tomaba sus propias medidas, naturalmente; todo el mundo lo hace. Pero inevitablemente los lindes de las intimidades se desdibujan, pierden nitidez, cuando se están dando innumerables circunstancias, minuto a minuto, paso a paso; cuando...cuando uno ha de extraer de sí mismo sus propias actitudes y sus propias reacciones ante cuanto le es ineludible vivir mostrándolo, quíeralo o no lo quiera, a esos otros que, a su vez, están igualmente semidesnudos; cuando donde uno ha de hacerse la ilusión incierta de estar a cubierto de la vista, el oído y el olfato de otro ese mismo otro tampoco las tiene todas consigo de estar logrando, ni aun a medias, ocultar sus...

Tanto para lo ingrato como para lo grato; no se crea. Uno puede no mostrar sus lágrimas, pero difícilmente podrá convencer de que no está al menos un poquito triste; o no reír abiertamente estando muy contento...No importa, el brillo de la mirada lo pregonaará aunque la boca niegue.

Ni siquiera las mutuas y respectivas discreciones pueden prestar una ayuda medianamente redentora. Puedes no repetir nunca una frase no dirigida a ti pero jamás te podrás negar que un día la oíste; ya no podrás ignorarla y, así, poco a poco, sin habértelo propuesto, habrás ido tejiendo a base de retazos “tu” identidad del otro para, una vez moldeada a tu subjetividad, echársela de nuevo por los hombros y afirmar, aunque no se lo digas a nadie, que siempre fue así y que siempre fue suya.

Claro; siempre hay fisuras. He dicho que ella era envidiosa, pero eso no es desvelar ningún misterio; su envidia era tan notoria y tan manifiesta que saltaba a la vista del menos malintencionado, del más benevolente.

El abuelo Crisóstomo, que era un bendito que nunca caía en la cuenta de maldades y rara vez despegaba los labios excepto para lo absolutamente necesario y que era casi nada porque incluso comía poquísimo, se la quedaba mirando con ojos tristes tristes; él, que siempre tenía la mirada tranquila decían que porque como las más de las veces no estaba en este mundo estaba a salvo de amarguras, cuando gritando igual que una condenada y prodigando patadas a diestro y a siniestro se afanaba en convencer a todo el mundo de que no era verdad, que no se la llevaban los demonios cada vez que veía feliz a alguien.

No era abuelo nuestro el abuelo Crisóstomo, el abuelo Crisóstomo era hermano de madre del marido de la abuela Romana...Que tampoco era así, aunque tampoco nadie sabía muy bien qué sí era.

Decían, o al menos así lo contaba la abuela según la versión de la criada vieja, que cuando la bisabuela Nuncia se casó con el bisabuelo Montano ése era ya para ella su segundo matrimonio, pero que del primero no había tenido hijos y que ella nunca explicó los orígenes de aquel niño, que por entonces tendría seis o siete años, con el que llegaron a la ciudad después de la boda.

El bisabuelo Montano sí sabía al parecer la verdadera procedencia del abuelo Crisóstomo o al menos eso decía, dicen, la criada vieja, que decía que lo sabía no por nada sino por pequeños detalles que ella observaba. Que era muy lista la criada vieja aunque no sabía ni escribir ni leer; y contar muy



poco, nada más hasta diez, uno por cada dedo y, si lo que fuese pasaba de diez, ella le adjudicaba el número dos del dedo uno y así hasta llegar a diez del dedo diez y de ahí no pasaba.

Pero que, fuera lo que fuese y quien fuese dicen que decía la criada vieja el abuelo Crisóstomo, el bisabuelo Montano siempre lo quiso mucho; tanto o más que a su verdadero hijo que nació un par de años después y que, ya de mayor, fue el marido de la abuela Romana, es decir, el abuelo Senén.

Cuando el abuelo Senén era aún un niño más o menos de la edad que tenía el abuelo Crisóstomo cuando él nació, el abuelo Crisóstomo se marchó, cuentan, durante mucho tiempo lejos nadie supo nunca dónde a estudiar y aprender cosas muy sorprendentes y prodigiosas que, por lo visto, no venían en los libros pero él quería saberlas (tampoco dilucidó nadie cómo era posible que quisiera saber cosas de las que no había oído hablar y de las que libro ninguno daba noticia); y que al bisabuelo Montano le pareció aquello muy bien e incluso quiso darle mucho dinero para que mientras anduviera por el mundo no le faltase nada ni pasase calamidades ni miserias. Pero el abuelo Crisóstomo no quiso nada, dijo que cuantas más cosas de qué cuidarse llevara consigo más quebraderos de cabeza tendría por que no se le perdieran; y que no, que no se preocupasen porque él ya se las arreglaría sin problema ninguno.

El bisabuelo Montano protestó que aquello era una barbaridad; que bien que se fuera donde le pareciese bien pero que qué necesidad tenía de ir hecho un mendigo pudiendo ir hecho un señor. Pero la bisabuela Nuncia lo tranquilizó, muy serena, que ella conocía al chico y sabía que saldría adelante.

Volver, lo que se dice volver definitivamente y para quedarse, volvió muchos años después. Pero

entre tanto sí que regresaba para cortas visitas de vez en cuando. Cada dos o tres años; cuatro a veces. Y se quedaba días, sólo días; no solía durar más de una semana. Nunca traía nada, ni equipaje, ni regalos para nadie, ni cosa alguna oriunda de ninguna parte.

Llegaba siempre impecable, bien vestido pero sin ostentaciones ni lujos y exclusivamente con lo puesto y las manos en los bolsillos, tan campante.

Uno se volvía de repente y allí estaba, como por encantamiento, como si es que hubiera estado ahí de siempre y tú sin saberlo; pero había llegado de la estación en la tartana porque, efectivamente, podías ver por encima de su hombro la tartana alejándose.

La criada vieja contaba que daba gusto verlo, que simplemente verlo estar ya daba gusto pero que, alguna vez que había tenido la suerte de ver justo cómo llegaba...bueno, cómo acababa de llegar hacía un instante, porque ya se veía la tartana alejándose, aquello era una experiencia única.

A cada regreso estaba un poco más delgado que al anterior, y tenía más canas blancas en la barba negra y arruguitas nuevas alrededor de los ojos. Pero siempre llevaba una sonrisa preciosa y, y eso era lo que más maravillaba a la criada vieja, una especie de quietud liviana, un como si siempre hubiera estado ahí sin que su presencia se convirtiese en hábito o como si el hecho de él llegar se estuviera renovando instante a instante. Yo no sé si es que la criada vieja se explicaba un poco mal o es que lo que trataba de explicar era de verdad difícil.

Luego, cuando te quería contar la nueva partida, dicen que aún se embrollaba más y que “que era como si siempre se estuviese marchando pero sin dejar tras de sí ninguna sensación de ausencia”.

Cuando ya por fin volvió para quedarse, para quedarse de la manera en que todo el mundo

entiende qué significa quedarse, habían trascurrido casi treinta años desde que se marchara por primera vez.

Mientras tanto la vida de los demás había ido pasando, claro, y se habían ido sucediendo acontecimientos normales.

El abuelo Senén se había casado con la abuela Romana y habían tenido dos hijas, la más pequeña era mi madre y ya tenía diez años; un par de años después nació la tía Tirrena, la que luego sería madre de la prima Práxedes.

Pero al principio nadie se dio cuenta, al principio nadie supo que él esta vez se quedaría y en realidad no es que llegaran a saberlo nunca y sólo recordaron, treinta y cuatro años más tarde, que esta vez había permanecido junto a ellos más, bastante seguramente más, de una semana.



De aquella primera tarde en el Vips únicamente haré mención de algún que otro pequeño dato que de ser omitido, no quedando aquí debidamente reseñado, podría dar lugar a lagunas que conferirían al relato una posible falta de coherencia, de verosimilitud.

Un tema que me preocupaba eran sus honorarios; si tal punto era insalvable ya no merecería la pena, por mucho que me doliese, seguir adelante. Yo estaba dispuesta a mucho y resuelta a confesarlo sin pudor ni orgullo con tal de conservarla; pero, en todo hay límites, lógicamente, y si sus demandas sobrepasaban mis posibilidades, ¿qué podría yo hacer? Nada, sólo renunciar.

Por otro lado hablar de dinero se me da fatal, se me antoja mezquino y ruin y me resulta sumamente

violento; de modo que allí estaba yo absolutamente encasquillada, sin arrancar hacia ninguna parte.

Después de habernos presentado ya sí aceptó que nos sentáramos a una mesa; y allí estábamos, con un café delante cada una, yo nerviosísima y jugueteando con mi mechero.

Por fortuna fue ella quien comenzó a hablar y, para mi sorpresa, en apenas unos segundos había puesto en mi conocimiento que no tendría que pagarle absolutamente nada.

Traté de protestar; es decir, protesté. Tampoco era aquello lo que yo quería. Y no lo quería gratis en cierto modo por puro egoísmo. Si yo no pagaba, nuestro posible acuerdo me parecía mucho más susceptible de romperse; sin el aliciente de una remuneración ella podría en cualquier momento, tranquilamente y sin explicaciones, decir que no deseaba seguir...Que no llegué a decirlo, naturalmente; nada más lo pensé. Pero sí es verdad que le insistí y de forma totalmente sincera.

Pareció que hubiese intuido mi desconfianza, porque sonrió y dijo que no me intranquilizase, que con o sin un precio de por medio ella sería fiel a su palabra y se tomaría su “trabajo” con absoluta seriedad.

“Además – añadió – de esta forma puedo garantizarle mayor fluidez, más espontaneidad. De otro modo andaría continuamente cohibida y atareada en andar evaluando constantemente si lo que hablo le vale en relación directamente proporcional a lo que le cuesta”.

Pregunté “¿pero por qué?” y sólo agitó una mano, acompañándose de un leve movimiento de cabeza que dejaba claro que no había que volver sobre la cuestión.



Aún, a modo de justificación, me hizo saber que nunca antes había sido *habladora* profesional y que no estaba segura de qué tal se le daría, que no me daba seguridad ninguna de que lo que ella pudiera decir fuese a resultarme interesante “aparte de que – terminó — creo que tengo mucha tendencia a dispersarme”.

Se negó también a confiarme los motivos que la inducían a dedicarse a tal ocupación, más cuando – le hice notar – tan poquito beneficio iba a reportarle.

- ¿Y qué es beneficio y qué no lo es?– replicó, escueta.

Lo que sí hizo fue ponerme un par de condiciones. Ella lo denominó “unas normas muy simples que me gustaría usted tuviera en cuenta”.

Acepté, por supuesto, ¿qué menos podía hacer?

Una era que nos tratáramos de *usted*, ella ya me había tratado así antes de expresar su deseo y a pesar de que me pareció un capricho un poquito chocante (era de mi edad o muy poco mayor y en estos tiempos todo el mundo se tutea) no entré en indagaciones y dije “de acuerdo”.

La segunda condición era que, en ningún momento a lo largo de su monólogo, interviniese yo con tipo de observación alguno que pudiera estar conteniendo una demanda de sus motivos personales o sus opiniones (en boca suya fue *mis motivos*, *mis opiniones*). Sí podía interrumpirle, sin ningún problema, para hacerle notar si había fechas, por ejemplo, que no concordaban o para hacerle repetir algo que yo hubiese oído mal. Eso sí, siempre “sobre la marcha, por favor”, y no sacándolo a colación después.

En cuanto al lugar en que tendrían lugar las entrevistas, se mostró inclinada a que lo eligiera yo

siempre que fuera un “territorio neutral”, y aclaró que esto quería decir *ni en su casa ni en la mía*.

A mí no me gustan las cafeterías, son bulliciosas si hay gente y desamparadas si están medio vacías; se entrecruzan las conversaciones y se enteran en otras mesas de lo que no les importa. Y luego está el tema de los camareros, que te miran mal si te quedas mucho rato y sólo tomas un café.

Me encantan sin embargo los hoteles, suelen tener salones amplios, y las personas andan más diseminadas. Nadie se ocupa de ti y puedes estar todo el tiempo que te dé la gana.

Dudé entre el Emperatriz y el Villamagna. Dando por hecho que nos veríamos por las tardes valoré en mucho que el whisky-sawer lo sirven delicioso, pero los asientos son menos cómodos y muchas de las mesas demasiado bajas. Esto, en el Emperatriz.

En el Villamagna los asientos son butacas confortables y las mesas altas, redondas y bastante grandes. Además, en el Villamagna me noto yo como en mi casa, con la ventaja de que tratándome siempre con mucha cortesía y la deferencia que se otorga a alguien asiduo no se gastan confianzas del tipo “vaya vaya otra vez por aquí”, no, nada de eso.

Así que me decidí por el Villamagna. A ella le pareció bien y ese mismo día concertamos la que sería nuestra primera cita de contenido profesional.

De modo que en los días siguientes estuve contentísima. La perspectiva que se abría ante mí se me antojaba como el principio de una nueva vida y, en la euforia de depositar todas mis ilusiones en el contenido me olvidé por completo del continente, se me fue de la cabeza que necesitaba un cuaderno nuevo. De manera que, cuando llegó la fecha, ya a punto de salir de casa y con la hora pegada sin tiempo para nada no me quedó más remedio que

echar mano de éste que contenía dos cosas pensadas tiempo atrás y estrictamente personales que no hubiera deseado emparejar con nada ni con nadie. Pero arrancar las páginas me parecía una chapuza dejando ahí para siempre la orilla desflecada. Tacharlo tampoco solucionaba nada y por eso lo dejé como está.



Echando cuentas entre todos se calculó que tendría poco más de ochenta años, porque si tenía seis o siete cuando los bisabuelos se casaron...

¡Ah!...Sí...que se quedaba mirando a mi hermana con ojos muy tristes cuando a ella le daban los arrebatos de envidia. Sí, por eso empecé...

Siempre se supo poco de él. Nunca contaba casi nada, ni de personas ni de lugares donde hubiera estado; sólo comentarios breves, escuetos, menciones desapasionadas, alusiones inconcretas a *quiénes* y a *dónde*s sin desvelarlos del todo.

En cuanto a las cosas sorprendentes y prodigiosas que había dicho querer aprender tampoco se supo jamás cuáles habían sido, pero perduró ya para siempre en la familia el convencimiento de que ciertamente las había aprendido. Nadie sabía dar la razón de por qué era incuestionado tan a pies juntilla...tal vez por la forma peculiar que él tenía de simplemente mirar, o simplemente estar, o simplemente escuchar fumando eso sí cigarrillo tras cigarrillo.

Los unos a los otros nadie era capaz de saber darse una explicación. La única que atinó a dar una solución que a mí me pareció de perlas fue la criada vieja, que soltó muy resuelta “lo que pasa es que todo

lo que sabe lo tiene metido directamente en la circulación de la sangre”.

Se miraron entre todos con los ojos muy abiertos, igual que quien acaba de oír una cosa rarísima, pero yo a mi manera y aunque entonces era aún muy pequeña decidí que lo había entendido estupendamente y me quedé tan contenta.

Y menos todavía que los demás tuvimos ocasión de conocerlo los más jóvenes, bueno “las”...que somos tres mujeres: mi hermana, la prima Práxedes y yo.

La hermana mayor de mi madre, madre de la prima Emérita, se quedó a vivir una vez casada allí, donde habíamos... bueno, quiero decir donde habían vivido todos, en la que llamábamos la casa de campo de la abuela Romana. Que no era de la abuela Romana sino en todo caso del abuelo Senén, porque la casa la mandó construir el bisabuelo Montano ya después de casado con la bisabuela Nuncia. Pero siempre se llamó a aquel caserón *la casa de campo de la abuela Romana* quizá porque ella era quien organizaba y mandaba y ordenaba a todo el mundo... a todo el mundo menos a la criada vieja y al abuelo Crisóstomo. A la criada vieja, por eso, porque era vieja y se la trataba con respeto, y al abuelo Crisóstomo porque ¿qué se le podía mandar al abuelo Crisóstomo? Si nunca necesitaba nada de nadie, si nunca estorbaba en ninguna parte, si...todo lo contrario, todos lo buscaban y querían tenerlo cerca y escuchar cómo no decía tantas cosas que sabía aunque ninguno supiese qué cosas eran.

La única que sí se ocupaba un poco más directamente de él era la criada nueva, que arreglaba su habitación, le llevaba el desayuno por la mañana y se ocupaba de su ropa. Su ropa eran dos mudas para quita y pon y un traje y un par de zapatos. La criada nueva lustraba los zapatos y cepillaba y planchaba el



traje cada día; cuando el traje o los zapatos estaban ya deslucidos el abuelo Crisóstomo mandaba llamar un día por la mañana la tartana de la estación para que lo llevase a la ciudad y regresaba con ello nuevo y lo usado ya no lo traía. Pero eso pasaba de ciento en ciento, que le duraba todo mucho.

Bueno...que la hermana mayor se quedó a vivir allí después de casada, pero mi madre y la tía Tirrena no, de manera que ni mi hermana ni la prima Práxedes ni yo estuvimos con él tanto como habían estado los demás.

Nosotras sólo lo veíamos los veranos y a veces las vacaciones de Navidad y Semana Santa. A pesar de eso tuve tiempo de familiarizarme con su imagen durante mi infancia y aún un poco más; hasta después de cumplir los quince.

A mí me gustaría poder decir que, de entre toda la familia, era a mí a quien más quería; pero la verdad es que a quien más quiso fue, con mucha diferencia por encima de todos los otros, al bisabuelo Montano. Parece, no sé por qué, que debía haber sido a la bisabuela Nuncia, pero no, sí que la quería mucho pero ni punto de comparación que al bisabuelo. Y ella no parecía tener envidia ni nada, que le parecía muy bien. Lo sé porque la criada vieja se lo dijo así a la criada nueva y la criada vieja estaba enterada de todo y es normal porque había visto crecer al abuelo Crisóstomo.

De manera que, si quiero ser sincera, no puedo decir que era a mí y, en cambio, sí tuve siempre la sensación de que, si acaso, la preferida de entre las niñas era mi hermana; a pesar de cómo era ella y de sus rabietas. Pero... ¡lo que son las cosas! Ella nunca mostró hacer aprecio de esa distinción.

Para entonces, para cuando digo que tendría algo más de ochenta años y que sólo entonces estuvimos

seguros de que treinta y cuatro años atrás había regresado por última vez, ya no estaban ni los bisabuelos ni el abuelo Senén, que había...

¡Qué tontería! Pretendo dar rodeos para evitar algo que no quiero pronunciar, pero... ¿para qué?; las cosas son como son aunque no se pronuncien, aunque no se nombren, y, sin embargo...de una forma o de otra... Lo que ocurre es que siempre me resultó muy doloroso que...

El abuelo Senén había muerto bastante joven, pero no es eso lo que me duele...no porque yo no quisiera al abuelo Senén, que sí lo quería; era “muerte” lo que quería eludir y eso que la muerte nunca me ha asustado, por eso digo que no me duele. Pero no puedo soportarla para el abuelo Crisóstomo, me aterra el hecho de que él estuviera ahí muerto delante de ellos, para ellos, no importa aquí demasiado quiénes pudieran ser “ellos”, cualquiera, es igual, lo que me hace sufrir es que en torno a él se creara ese clima, ese ritual que se organiza siempre en torno a los que dejan de vivir.

En fin, cosas mías.

Bueno, que cuando el abuelo Crisóstomo murió ya sólo quedaban en aquella casa la hermana mayor de mi madre, ya viuda y la criada nueva decía que el marido murió por escapar de ella; su hija Emérita, que por entonces aún no era una solterona pero lo terminó siendo aunque luego lo dejó de ser casándose pasados los cuarenta y enviudó tres años después; la criada nueva y dos chicas jóvenes de servicio porque aquella casa era enorme y a la tía le gustaba todo muy limpio...Pero... ¿cómo se me puede estar olvidando?... ¡La abuela Romana, la abuela Romana aún vivía! Vivió cerca de noventa años, sobrevivió en casi cincuenta al abuelo Senén.

Pero para el entierro del abuelo Crisóstomo acudieron todos. Asistieron mi madre, mi padre, la tía Tirrena y su marido... Las niñas no fuimos, no nos llevaron, yo tenía ya quince años pero dijeron que era pequeña para esas cosas y de alguna forma me alegré de no ver nada, de no enterarme de nada, de poder creer que no supe que todos estuvieron allí alrededor de su cuerpo y llevándolo a enterrar y haciendo cosas absurdas y él allí ya sin poder decir si quería aquello o no lo quería. Yo hubiera deseado, aunque sé que eso es imposible, que él hubiese podido sustraerse al hecho de morir...quiero decir la forma usual, convencional de morir y únicamente haber desaparecido sin dejar rastro alguno en ninguna parte.

Mi hermana era un par de años más pequeña que yo, y la prima Práxedes sólo tenía seis años. De modo que tampoco las llevaron, claro.

¿Sabe que hace un rato he dicho una tontería? Al nombrar de pasada al abuelo Senén dije “que sí lo quería”, y eso no puede ser porque había muerto él trece años antes de yo nacer.

No tiene importancia, usted posiblemente no se dio ni cuenta, más considerando que en ningún momento he hablado de fechas. Pero a veces puedo ser excesivamente rigurosa, aunque la falta de rigor no altere nada. En realidad, más que rigurosa para datos lo soy en cuanto a todo lo concerniente a los sentimientos y no quiero mantener el equívoco de haber querido a alguien a quien ni siquiera conocí.

No sé por qué me expresé así; tal vez, y no lo explico por justificar mi inexactitud, creo, lo dije de esa forma por quitar un poco de... ¿cómo decirlo... insolencia, quizá... algo así?... de indiferencia, tal vez indiferencia es un poco más suave, por quitar un

poco de indiferencia a mi propia actitud ante la muerte.



Terminó esta frase con un “aunque esto a usted no le interesa” que se me antojó bastante seco. Y, casi sin interrupción, añadió “¿le importa que por hoy lo dejemos?”.

Yo habría preferido continuar un poco más pero dije “de acuerdo” procurando que en mi voz no se trasluciera un tonillo de contrariedad.

Sin embargo, estando ya de pie sonrió y dijo “pero si quiere podemos vernos mañana”, y su sonrisa fue totalmente relajada y sincera, sin el más leve rastro de la acritud anterior.

Nunca previamente a esa tarde nos habíamos visto dos días seguidos. Nuestras citas solían tener una frecuencia semanal, aun no habiéndolo estipulado, y me disgustó verme obligada a no aceptar su oferta por causa de un compromiso ya contraído al que debía atender de manera ineludible. Me disculpé procurando que quedase bien patente que, en verdad, lo lamentaba.

Ya en la calle, cuando tomábamos taxis distintos, se volvió hacia mí y en tono como cohibido preguntó:

-¿Me permite un pequeño comentario?

-Claro – dije.

-En realidad es una insignificancia, pero...yo creo que sería más correcto “ofrecimiento” que “oferta” – sonrió de nuevo, con gesto compungido – lo siento...a veces soy ciertamente bastante puntillosa. Adiós. La llamaré en un par de días.

Entré en mi taxi considerando que sí, que, concretamente esa tarde había estado un tanto puntillosa. Pero yo estaba contenta de su “la llamaré



en un par de días", que me parecía indicio de que se mostraba inclinada a concederme algo más de su tiempo.

Cuando llegué a casa y me hube quitado la ropa para sustituirla por algo más cómodo dediqué el resto de la tarde a esas pequeñas cosas con que matamos el tiempo las personas que vivimos solas. Lavar las medias, colgar en el armario prendas que estaban por encima de las sillas, retirar el rimel de las pestañas, preparar una ensalada para cenar, poner el despertador, dejar los almohadones dispuestos para leer antes de quedarme dormida. Todos los gestos que, en fin, son totalmente maquinales, impensados, y que ritualmente ejecuto en efecto sin pensar y sin consciencia de estar tampoco pensando en otra cosa.

Aquella tarde, sin embargo, mi ánimo era diferente; no estaba conmigo la sensación de suave deslizar del tiempo, la sensación de paz. Todos mis movimientos eran torpes, dubitativos, como agarrotados, y, mi mente, limpia habitualmente, no cesaba de volver una y otra vez a su tono cortante y ligeramente alterado, y de mi estar no se apartaba el resentimiento de que aquel tono y aquella actitud tensa habían sido dirigidos a mí.

No es que yo tolere especialmente mal que se me dediquen actitudes poco cordiales; al contrario, lo suelo encajar bastante bien. Lo que me producía una enorme perplejidad era que, semejante comportamiento, me llegaba de alguien de quien (imprevisión mía) ni por asomos había puesto yo en tela de juicio que para nada dejase de ser alguien extraño, ajeno, de fuera, no facultado para acceder a mi vulnerabilidad.

Sin embargo había ocurrido: contra toda lógica yo estaba dolida. Ella no era solamente alguien que



soltaba muchas palabras que entraban por mis oídos y salían limpiamente por la punta de un bolígrafo.

Después de cenar me metí en la cama y me enfrasqué en una novela de intriga. En casa no hago caso al cuaderno nunca, ni lo miro. A los pocos minutos asesinos y detectives rodaban por la alfombra revueltos y yo me sumía en un sueño profundo, siempre me pasa, del que emergo a la mañana siguiente igual que si naciera en ese mismo momento. Tengo esa suerte, no arrastro aflicciones de un día para otro.

Durante los tres o cuatro días siguientes me dediqué a mi rutina sin darme cuenta siquiera de estar aguardando. No, para decir la verdad sí que dediqué al cuarto día miradas ansiosas al teléfono.

El quinto día me dediqué a atracarme de aceitunas, bombones, pepinillos, galletas, panchitos, patatas fritas, frutas de Aragón, pan con mermelada.

El sexto rebusqué por los cajones a ver qué podía tirar a la basura, siempre me ha relajado mucho desprenderme de objetos y cosas. Llené siete bolsas de él Corte Inglés, cuatro del Vips (de las grandes, del supermercado) y la caja del microondas que estaba vacía en lo alto de la despensa. Me acosté muchísimo mejor.

El séptimo tuve una recaída muy, muy, muy fuerte. Rompí platos y vasos y rajé de arriba abajo un vestido precioso que me quedaba francamente bien. Luego me vestí, sin duchar ni nada, y bajé al Vips para regresar con un helado de medio litro, un kilo de pasteles, una tarta regular de grande, un paquete de rosquillas, uno de pastas *cookies with lemon pastry cream* y una ensaimada mallorquina tirando a hermosa.

Lo coloqué todo en el suelo alrededor del teléfono y me senté a comérmelo llorando a lágrima viva.

Ya me lo había comido todo (me aquejaba por aquel entonces un raro trastorno emocional que, aunque no grave, era un tanto alarmante ya que me privaba del sentido de la medida, y mi estómago tampoco avisaba) cuando decidí seguir llorando ¿Por qué iba a parar si el motivo de mi congoja seguía estando ahí?

Me levanté del suelo y fui a buscar el cuaderno sonándome los mocos. Si manoseaba el cuaderno y miraba a aquellas personas me sentiría menos abandonada.

Y, sí, allí estaban. Pero... ¿y qué?

Desde mis ojos se movían todos en una especie de limbo vaporoso en el que a duras penas lograba yo fantasear los contornos difusos de sus fisonomías o de lo que yo, de prisa y corriendo y sin poder pararme en detalles (debía fabricarlos justo en el instante en que ella los pronunciaba y seguir escribiendo al mismo tiempo) me avenía a denominar sus “aspectos físicos” con mucha osadía por mi parte, porque ¿qué podía haber de físico en incorporeidades tan del todo intangibles?

Que ellos, en su momento y en su lugar, hubieran sido de carne y hueso y a mí se me hubiese dado noticia de su existencia no me facultaba para aprovisionarlos de todos esos complementos que confieren a cada ser vivo su identidad, circunstancial y perecedera, ya lo sé, pero muy necesaria.

A mí nadie me había facilitado datos acerca de estaturas, complexiones, facciones, colores de pelos o de ojos o de pieles, voces graves o agudas, acentos, manos ¿finas o gordezuelas?, cabellos ¿lacios, rizados, ondulados?

Ya sé que todos estos son pequeños requisitos sin importancia, pero sí son útiles, y más cuando hay que ir arrastrando página por página a una panda de

desconocidos que, por muy poquito riguroso que se sea, hay que tener medianamente controlada.

Bueno, pues ni tenía eso ni tampoco sus gustos y costumbres en el vestir o a qué olía cada uno.

Otra cosa, ¿dónde estaban?, y no ya en qué lugar del planeta sino que ¿qué entorno los rodea? ¿Viven junto al mar o en la montaña? El clima, ¿es húmedo o seco? ¿Y la temperatura?...

Al abuelo Crisóstomo, por ejemplo, tan pronto le eché la vista encima le puse un traje gris *príncipe de Gales*, con chaleco y todo, así, yo por mi cuenta, y ya no se lo había quitado ni para dormir ni aunque hiciese un calor asfixiante. Los zapatos, con las prisas, se los calcé de color rojo, bueno, marrón rojizo, y de cordones; los cordones sí, pero estoy segura de que al *príncipe de Gales* le tienen que ir mejor los zapatos negros; bueno, pues no tuve tiempo o no encontré el momento para cambiárselos ni tuve la perspicacia de suponer que una de las veces que fue a la ciudad a reponerlos los eligió a su gusto. Que estoy convencida de que el abuelo Crisóstomo tenía pero que muy buen gusto...y no sé por qué.

Con la prima Práxedes me sucedió algo parecido (la encontré un poco más atrás tomando el té en el saloncito, en casa de Emérita) cuando muy decidida le coloqué un sombrero, justificable por el hecho, si se quiere, de que estando de visita iba vestida de calle. Pero es que era un sombrero muy concreto, un tirolés pequeñito (yo lo llamo *tirolés*, pero no estoy segura) de ala estrecha y con una pluma corta pero muy tiesa. La pluma se agitaba cuando ella, de pie mirando a la ventana, sacudía convulsivamente los hombros al tiempo que sollozaba.

Pues, bueno, con el sombrero puesto se quedó y ya lo llevaba siempre y a todas partes y en su casa y en todo momento; y sentada a la mesa en el comedor

con su marido mientras clamaba “¿pero se puede saber quién es Orestes?”...y en la ducha, y durmiendo. Siempre con el sombrero.

Y entre las lágrimas me veía yo a mí misma, en una especie de fantasía, tratando de quitárselo sin conseguirlo porque yo, evidentemente, no podía acceder a su mundo tangible y ella ni se enteraba de que yo estaba allí haciendo tontas piruetas y dando saltitos ridículos por echarle mano y seguía como si nada a lo suyo sin pestañear y sin hacerme ni pizca de caso. Una de las veces vi con mis ojos anegados en lágrimas cómo mis dedos llegaban a agarrar la pluma, pero no pudieron arrancarla porque yo era etérea.

Durante ese ratito, a pesar del berrinche que tenía, me lo pasé bastante bien y sé que incluso sonreí. Y fue una suerte porque justo en ese momento, cuando sonreía, sonó el teléfono que me pilló de improviso y contesté en tono perfectamente natural y tranquilo y, ella, ajena a todo mi disgusto, tan normal y correcta y “buenas tardes, no pensé encontrarla en casa” y que le surgió tenerse que ausentar por un asunto de cierta urgencia pensando que era para un día o dos “pero, mire, una semana” aunque sin soltar prenda de qué asunto, y que si yo quería que nos viéramos al día siguiente donde siempre, y dije que sí y, bueno..., no me enteré de lo que no me contó pero ella tampoco supo que yo había estado llorando como una Magdalena.

Luego, cuando se me pasó el sofocón, no fui capaz de dilucidar por qué me había desesperado tanto, si porque ella me había dejado plantada, si porque yo sola no sabía seguir con el cuaderno, si porque me agobiaba ver ahí, pendientes de mi mano, un montón de personas abocadas a un futuro incierto que yo me sentía del todo incapaz de sacar adelante.



Debe de ser, a lo mejor, que yo a veces puedo ser un poco pécora porque tuve (una vez que me hube serenado e incluso creyendo ya que no me quedaba rencor ninguno) la maligna idea de confesarle que, contrariamente a sus deseos y sabiendo cuánto la mortificaban aquellas escenas que tan sólo supuso, yo también había asistido al entierro del abuelo Crisóstomo, que también yo lo había mirado allí muerto delante de todos y que también había participado en aquel “clima” y tomado parte en aquel “ritual que se organiza siempre en torno a los que dejan de vivir”.

Se lo habría dicho por vengarme de su abandono y pudiendo alegar que no era mi culpa, que, al fin y al cabo, las imágenes me las había facilitado su imaginación y que yo sólo monté la película que ya era bien fácil. A la hora de la verdad lo cierto es que no lo hice, me faltó temperamento para ser tan hiriente. Sí, no lo hice; no lo hice pero cuando ocasionalmente me acude el recuerdo a la cabeza todavía me mortifica aquel arranque mío de crueldad. Para algunas cosas soy muy estrecha.

Bueno. Que al día siguiente nos vimos en el Villamagna, como siempre, y sin sacar a relucir ningún titulillo atrasado.

La encontré cambiada, ligeramente pero cambiada. No en el aspecto externo, pero sí en la forma de estar, en los gestos y en la expresión. No tuve la sensación de que estuviese triste pero estuvo menos habladora aunque no quise hacerle ningún comentario acerca de esta inusual actitud suya. No quise porque no hay amistad entre nosotras, eso por un lado, y por otra parte no estaba yo muy segura de que me interesasen las causas de su estado de ánimo.

Además. Ella tenía la sartén por el mango, ¿no?



Ella marcaba la frecuencia de nuestras entrevistas y podía localizarme. Yo de ella, sin embargo, no sabía absolutamente nada, sólo un nombre sin apellido, un nombre por añadidura muy corriente, y ni un teléfono ni forma alguna de ponerme en contacto con ella.

Ciertamente no es tampoco que me pareciese que ella quisiera ocultar sus datos personales, posiblemente se trataba seguro de que no había surgido el mencionarlos; y yo no iba a preguntarle, que no lo encontraba correcto...



Quizá otro día las cosas sean de otra manera, pero, ¿sabe?, no tengo gana ninguna de continuar hablando de mi familia. Me aburren, pobrecillos pero me aburren mortalmente.

No ellos propiamente. No. Algunos me inspiran una enorme simpatía; me brindaron en diferentes momentos ocasión para sentirme feliz, o divertida, y los recuerdo con auténtico cariño. Pero no tengo nada más que decir de ellos, nada especialmente interesante o sorprendente.

Eran personas normales. Yo podía encontrarles su gracia, su encanto... a algunos podía tildarlos de enteramente odiosos, pero... ¿qué quiere?... todo lo que tiene que ver con el mundo de los sentimientos creo que sirve sólo para vivirlo; a la hora de describirlo, todo lo que excede de media docena de palabras es un soliloquio soporífero.

Esta es la razón de que no haya sabido nada de mí durante los días pasados.

No fue en un principio algo premeditado, cuando dije “la llamaré en un par de días” hablaba de verdad, quería querer llamarla. Pero...a la hora de agarrar el

teléfono y marcar se me venía el mundo encima, como cuando se está obligado a abordar una tarea antipática.

Encendía un cigarrillo con la esperanza de que unos minutos más tarde mi estado de ánimo fuera otro.

Y, día tras día, lo mismo.

Llegué a estar muy crispada por culpa de la lucha que suponía desear no portarme mal con usted y, al mismo tiempo, no darme la gana ir contra mí misma.

Eso es complicado. Esa forma de tomarse las cosas, quiero decir, termina por acorralar a quien la vive. Puede llegar a parecerse a algo parecido a la esclavitud... ¿cómo lo diría?... En la frutería, o en el carnicero, tan pronto acudo al mismo establecimiento en más de dos o tres ocasiones me noto como atrapada, obligada a comprar más de lo que necesito porque, de lo contrario, me creo que soy cruel, que estoy agrediendo sus intereses puesto que lo conveniente para ellos es vender cuanto más mejor.

Pues llegué a tener algo así como bulimia casi. Figúrese ¿Qué hacía si no con tanta comida?

Y en la peluquería. Pues una permanente que no quería... o un corte de pelo sin ninguna gana.

O zapatos ¿Cómo decir adiós muchas gracias así tan campante? Por supuesto aquel señor no sacó varias cajas y prodigó sonrisas nada más por ser amable, ¿no? O tal vez sí... pero... no hay otra forma de corresponder que llevarse un par... por lo menos.

Y no es malo del todo cuando se trata de ropa, o calzado; lo peor viene si una tarde ociosa me meto en un establecimiento sólo por distraerme (mucha gente lo hace) y acabo por acarrear con algo del todo imposible que no sé ni qué hacer con ello. Pues... una

lata grande de pintura al temple o una caja de herramientas, por ejemplo.

Luego, sí, me canso de ser tan complaciente y de sentirme utilizada y cambio de carnicero y de peluquería y no compro absolutamente nada en una larga temporada.

Por no hablar de amistades (no me da apuro decírselo porque como usted y yo no somos amigas...qué bien, ¿verdad?) o incluso de novios...ya no, claro, pero de jovencita, con alguno que otro ya me ocurrió que ¿quién era yo para decir a nadie ya no te quiero?

¡Ah, sí; a mí sí me lo dijeron! Pero eso no me importaba. Yo puedo encajar desplantes muy tranquila porque no me duelen... o a lo mejor un poco pero se me pasa en seguida.

Yo siempre me imagino que los otros son más débiles.

Los débiles suelen darme cien patadas, mire usted; sólo en nombre de su vulnerabilidad se consideran con derecho a ser desconsiderados.

Sin embargo, lo que son las cosas, a mí me ha ido bastante bien: ellos me dejaron y así me vi libre sin pasar apuro.

Con usted no lo tengo fácil. Lo que le digo: es complicado. Es complicado porque me siento responsable. Están sus cuadernos ("sus cuadernos", en plural, lo he dicho sin pensar, sin querer ser mordaz, parece que estoy dando por sentado que piensa usted sacar mucho provecho de mí. No. Perdóneme.), usted quiere escribir en ellos y habrá acariciado quién sabe qué expectativas. Es lógico, es humano, debo entenderlo. Sí. Proyectos. Claro. Cosas así.

Coherencia. Usted no concebiría, a lo mejor, seguir adelante sin coherencia. Comprendo.

Otra cosa sería que aceptase, de buen grado, avenirse a prescindir de ella.

Si lo tomase... pues... imagínese un tren y usted viajando en él.

¡Ah!, no hace falta ser muy precisa. Imagine nada más, un poco de cualquier manera, no se afane en suponer adónde va o de dónde viene, no importa...Y no se preocupe tampoco de si ha subido en principio de línea (con asiento reservado y todo... hay personas previsoras y tal vez usted lo sea... en fin...) o en una parada cualquiera.

Tampoco preste atención al equipaje, ni a la merienda ni a si su atuendo es el adecuado. No es que pretenda que abandone sus pertenencias, o pase hambre o vaya por el mundo en bata y zapatillas...

¡No! Sólo le sugiero que imagine.

Usted va en un tren y otras personas también.

Y suben, y bajan, saludan, hablan, leen un libro o miran el paisaje, dormitan, ofrecen una pasta o una chocolatina... Jóvenes, ancianos, corteses, calvos, gruesos, huraños, esbeltos, perfumados. Una señora. Un niño.

Usted los mira. Percibe olores que le recuerdan o que le sugieren. Ofrece un cigarrillo. Se fija en el título de un libro que le da pista de. Acepta una pasta. Se percata en qué forma el joven mueve las manos o el calvo cruza las piernas. Oye palabras sueltas y escucha frases aisladas...Y ellos también.

Ellos también miran, perciben, se percatan, oyen, se fijan, escuchan...

Usted, lo mismo que cualquiera de ellos, se bajará, no sé dónde, donde decida, donde tanga pensado, no lo sé... y se alejará para siempre de ellos a pesar de que, posiblemente, con alguno ha simpatizado y le gustaría conservarlo... O no;



admitamos que usted está de mal humor (disculpe, puede ocurrir) y ese día no le cae bien nadie...

Y es que al resto le está ocurriendo lo mismo, ¿sabe? Tal vez alguien está sintiendo cómo se le parte el corazón porque usted tal vez (sí, no me expreso bien, no estoy en eso) es no sé quién irrepetible que habría cambiado su vida.

Bueno, ¿y qué?

Es su viaje, de usted, de ellos, con su y sus principios y su y sus finales, y sus motivos, o sus impulsos, y paradas para todos...Y todo revuelto y entremezclado y cada uno pensando estar tomando sus propias decisiones y... guste o no guste, de buena o mala gana, ahí está también la provisionalidad de todos y de todo lo demás.

O tal vez lo único que estoy buscando es contemporizar, quedar bien ¿Cómo puede uno saber que está siendo sincero?

Puedo estar juntando una sarta de incongruencias nada más para que usted avance en su cuaderno.

También cabe que no esté tan claro qué espera usted de mí.

El abuelo Crisóstomo. Yo lo quería, creo que en mi manera de hablar de él (además de en mi propia afirmación) han quedado patentes mis sentimientos, ¿no? Y un poquito de... desprecio... lamentable pero desprecio por la prima Emérita que, en mi opinión, era una rancia (aunque no suelo hacerlo, de veras; no suelo aplicar los calificativos) y por tal la va a tener ya siempre usted sin que me importe un bledo. Pero, ¿él?... ¿Cómo puedo saber haber logrado que usted también lo quiera? ¡Y usted no sabe cuánto puede importarme que a él lo quieran!, usted o aquel señor del periódico... si aquel señor del periódico hubiera podido tener noticia del abuelo Crisóstomo... por



supuesto. Sin embargo es, usted precisamente, quien...

Incluso, vete tú a saber, usted pudo quedarse más intrigada con la forma de contar de la criada vieja. Yo tampoco la entendí muy bien... pero, aun sabiendo cómo no la hubiera utilizado, tengo otros recursos. Aquella sólo servía para ella y era la única que le servía.

O la historia, la sucesión de acontecimientos y de hechos; tal vez es lo que para usted tiene valor. Datos bien ordenados, soluciones, desenlaces.

¡Dios me libre de querer aconsejar ni a usted ni a nadie!, pero, me temo y perdono, que con esas pretensiones irá siempre de decepción en desencanto, de sinsabor en desconcierto.

Claro. Que también puede darse el caso de que le sonría la suerte y todo se desarrolle para usted y en su entorno a la medida de sus deseos. Bueno, si usted se conforma con tan poco...

Pero tampoco hace falta sacar las cosas de quicio. Si va a sentirse demasiado descorazonada puedo hacer a un lado mis preferencias y seguir, seguir, seguir...



Y dejó caer los codos sobre la mesa después de haber alzado las manos muy abiertas. Entrecruzó los dedos y se quedó quieta con la cabeza un poco ladeada y, en los labios, una sonrisa suave que no concordaba con la entonación vehemente que había puesto en “seguir, seguir, seguir”. Pero no miraba en dirección a mí, su sonrisa iba dirigida justo hacia el otro lado a una mesa vacía.

Yo no sabía si estaba haciendo una pausa breve o habíamos entrado en un tramo de silencio.

Encendí un cigarrillo sin decir nada y estiré el brazo para situar el paquete delante de sus ojos. Tomó uno y aceptó fuego.

Yo no sabía cuáles eran las que ella denominaba mis “expectativas” y podría asegurar que no las tenía.

Creía (lo que creo ahora no merece la pena tocarlo, me estoy refiriendo al pasado) haberme metido en aquel asunto dispuesta y resuelta simplemente a aceptar, aceptar lo que se me diera relacionado con el mundo de las palabras y, afortunadamente, ella estaba dando pruebas de una enorme generosidad ¿Qué queja, por tanto, podría yo tener? ¿Qué “expectativa” frustrada?... Ninguna. Estaba contentísima. Únicamente había dejado de estarlo durante la semana que ella se ausentó; pero aquello sólo fue una eventualidad.

Según ella hablaba yo le habría interrumpido con algún “pero” o “sin embargo” a los que no me llegué a resolver, recordando lo que me había expuesto como *normas muy simples* en nuestro primer encuentro.

A la hora de la verdad no eran tan simples aunque pueda parecer que con callar ya está el asunto resuelto. Callar no es siempre lo fácil y no siempre el silencio allana el camino. Si yo hubiera colocado mi “pero” o mi “sin embargo” en el momento en que (a mi criterio) estuviese viniendo a cuento, el discurso de ella habría tomado otro rumbo, desviándose de la inercia lineal que le confería la unilateralidad de su pensamiento.

No. No es que yo pensase que ella era algo así como “monocorde”; que nada más lejos. Todo lo contrario. Pero sí me parecía que se daba una especie de descompensación entre el amplio surtido de reflexiones que era capaz de exponer y la única e individualizada suposición que las desencadenaba.

Con mi irrupción en su monólogo le habría evitado, además, mantenerse en el error de que todo mi interés se centraba en las personas de su familia.

Sí es verdad que en un principio había sido así, pero es que entonces su familia era todo lo que yo tenía. Ella aún no me había dado nada más.

Lo único que sí me agobió un poco, cuando ella tuvo a bien interrumpir el relato, fue mi propio desconcierto al ignorar (no teniendo nada concretado y no debiendo, como no debía, preguntar) qué tenía que hacer con lo que dijese a continuación.

No tuve tiempo de pararme a valorar la situación porque, en cuanto abrió la boca a raíz del corte, se decantó hacia sus sentimientos y sus opiniones y eso es, lo reconozco, ámbito privado; pero lo expresaba en palabras, y la transcripción de sus palabras sí me había sido regalada y, por tanto, me pertenecía.

De cualquier modo yo no escribía a hurtadillas, lo hacía allí, delante de ella; si no quería autorizármelo, con mandarme parar lo tendríamos resuelto.

Total que, en cuanto tomé un poquito de confianza al ver que no me echaba el alto, me volví a sentir a gusto y me encariñé con el nuevo sesgo del discurso en seguida, con la misma dedicación que aplicase a todos aquellos familiares suyos más o menos amados.

El único inconveniente que presentaba este nuevo derrotero es que empujaba al diálogo, una especie de diálogo interior (para mí; creo que para ella, no) pues en el pensamiento surgían las réplicas a sus razonamientos y por más que yo pretendiera no prestarles atención ellas continuaban generándose una tras otra.

Y no era silenciar mis opiniones lo que más me disgustaba, que puedo estar tan ricamente con la

boca cerrada si el posible interlocutor no quiere oírme o me va a escuchar con desgana. Yo no me desvivo por ser atendida. Lo que me resultaba en verdad incómodo era estar dándome cuenta de que en mi interior existía la combatividad.

Yo me tenía por persona pacífica.

Pero, bueno. El riesgo de enfrentamiento no era preocupante ni tenía por lo pronto trazas de empeorar, habida cuenta de que ambas nos manteníamos fieles a lo pactado.

La verdad es que fiel lo era ella, yo era nada más obediente. Obediente, que es lo que he sido toda mi vida ¿Por qué no iba a serlo también con ella?

Y es que yo he sido obediente siempre, toda mi vida, desde bien pequeña.

Obediente con mis padres, con mis profesores, con mis mayores y con los mayores en general aunque no fueran míos; con los menores, porque pobrecillos son pequeños; con los frágiles, porque son incombustibles; con los torpes, porque únicamente entienden sus razones; con los inteligentes, porque tendrán razón; con los generosos, porque sus razones no son mezquinas; con los egoístas, porque por nada del mundo ceden ni transigen; con quienes me querían, por gratitud; con quienes yo quería, porque era incuestionable; con quienes no me querían, porque qué más daba; con quienes yo no quería, para no dedicarles mi intención ni mi atención.

Obediente también para con mis miedos, para con mis debilidades, para con mis necesidades, para con mis contradicciones, para con mis incertidumbres, para con mis torpezas, para con mis ignorancias, para con mis ambiciones, para con mis renunciaciones, para con mis rebeldías.

A veces me pregunto si me hubiera gustado ser un poco menos dócil, más autoritaria, haber



impuesto un poco más mi voluntad. Pero no sé contestarme si me hubiera gustado o no, porque, entonces, habría tenido que supeditarme a mi querer responderme con franqueza y eso estaría implicando una obediencia más. Pero también es verdad que creo que no me lo pregunto con mucho, mucho interés, y que posiblemente me contesto, suponiendo que lo haga, con no poca vacuidad.

Son cosas que me pasan, pensar y preguntarme cuestiones imposibles, y discurrir acerca de temas que desconozco por completo, y perderme en consideraciones complejísimas que se ramifican y se bifurcan y se entrecruzan enredándose y absorbiéndome hasta hacer que me sienta como si me encontrara abandonada, perdida en el mismito centro de un desierto enorme donde mires para donde mires no ves la diferencia entre el hacia allá y el hacia allí y empieza a acorralarte la zozobra de si te ahogará la angustia de temer terminar acosado por la sed o si, por el contrario, vendrá en tu auxilio el desasimiento a esperanza ninguna para terminar por empezar a asirte nada más de la certidumbre de que pase lo que pase y por muy mal que se pongan las cosas hay un riesgo que de cualquier manera es eludido y un peligro que no cuenta con posibilidad alguna de acecharte y es el temor a equivocarte... Y entonces ya vas y te quedas tan tranquila y, sin preocupación ni apresuramiento ninguno, tiras para cualquier sitio y miras para cualquier parte y... bueno.

Bueno. Pues que son cosas que me pasan sólo de vez en cuando y nada más en los momentos en que me dejo arrastrar por la quietud que me sumerge en polícromo vacío multiforme desnudo de formas y colores desde los que poder configurar un mundo reconocible mediante el recuerdo o la repetición o la experiencia...



¡Qué cosas digo!

Y ahora ahí estaba ella con su sonrisa y su silencio y su mirada fija en otro lugar, como si yo no estuviera. Pero yo estaba aunque ella me ignorase y, una vez registrada sobre el papel la ausencia de sus palabras (que me tuvo bastante entretenida porque estaba siendo una ausencia muy larga), me notaba yo un poco pasmarote sin tener nada que hacer.

Jugueteaba tontamente con el azucarero o con algunas miguitas diseminadas sobre el mantel o miraba a cualquier lugar allá donde quisiera caer mi vista. Llegué incluso a abismarme un poco, muy poquito, en mis propios pensamientos a los que, ya puesta, me entretuve en aderezar de un cierto rocambolequismo vanidoso.

Pero mis propios pensamientos los suelo rechazar o, cuando menos, prestarles escasa atención porque los pensamientos propios (sean de quién sean) suelen no servir más que para absolutamente nada.

Por ejemplo. Yo podría utilizarme a mí misma para autoproporcionarme lo mismo que me proporcionaba ella. Porque yo seguramente también tengo sentimientos, y también tengo recuerdos, y también tengo familia, y personas a las que quiero y otras que me son totalmente indiferentes. Pero escribir de aquellos a quienes uno conoce realmente (quiero decir personas de la vida real, de carne y hueso, no estoy queriendo decir conocer verdaderamente su realidad) es casi una agresión porque se los convierte aunque no se desee en seres disminuidos, en casi peleles.

Las virtudes y cualidades del ensalzado dignas de ser elogiadas salen a la luz deplorablemente arruinadas por obra del al parecer insoslayable protagonismo del narrador, más enfrascado, al menos muchas veces, en dejar bien sentada su muy estrecha

relación con el referenciado que en referir la puridad de lo que le hace merecedor de ser encomiado. Y cuando lo que se pretende es denostar viene a ocurrir lo mismo; queda mucho más patente el ánimo hostil del que coloca el baldón que la verosimilitud de lo denostado. Así, llega luego el lector y, en uno u otro caso, opta por sentenciar “¡no será para tanto!”.

Con las personas y los recuerdos ajenos, por el contrario, sí se puede ser honesto; por eso tienen mucha más validez y mejor utilidad.

-¿Usted escucha la radio?

No esperaba que hablase y, al oír su voz así de repente, di un pequeño respingo sin querer.

-Perdón, la he asustado – dijo –: quiero decir *habitualmente*.

Amén del sobresalto me dejó algo descolocada la sorpresa de que se dirigiera a mí formulando una pregunta. Era la primera vez, al menos la primera que parecía contener la expectativa de una respuesta; si lo había hecho con anterioridad había sido en un tono interrogativo reflejo, sin intención, sin voluntad expresa de diálogo.

-Sí – contesté –, soy una consumidora de radio muy voraz. Todo el rato que estoy en casa la tengo conectada. Ya sé de memoria qué emisora quiero a cada hora del día.

Me hubiera gustado decir simplemente “sí”; una frase tan larga me hizo sentir un poco avergonzada, pues tal vez ella pudiera interpretar que yo aprovechaba la menor oportunidad para empujar al palique. Para contrarrestar había hablado muy deprisa.

-Yo, por las mañanas – dijo – de nueve a doce escucho siempre Radio Nacional, en la uno.

-Yo también – y me alegré de ser tan breve.

-Entonces, seguro que hace un par de semanas escuchó un cuento ruso de un hombre que fue muy malvado y, cuando está a punto de morir...

Sí, también yo conocía ese cuento. Se le presenta el diablo y le dice que ha de irse con él. Tras un corto diálogo dice “pero mira, me has caído bien, que a veces alguno me cae bien, y voy a hacerte una oferta...”

-... y le propuso elegir entre el fuego eterno (al que jamás se acostumbraría, porque una de las características del infierno es no habituarse nunca al dolor y así no cabe la menor esperanza de que éste se haga más soportable poco a poco) y la inexistencia “pero – puntualizó el diablo – date cuenta de que no es sólo que dejarás de existir desde el momento de tu muerte, es que no habrás existido nunca...¡Vamos, elige, que tengo poco tiempo!”. Y el hombre se quedó pensativo sin saber decidirse porque...

Y es que las dos opciones le parecían igual de malas. De modo que cuando el demonio lo apremia “rápido, rápido, te estás muriendo y necesito saber qué hago contigo...”

-...pero no era capaz de decidir – oí la voz de ella mezclada con mis propios recuerdos – y, a la desesperada, optó por jugarlo al azar...

“Una bola blanca y una bola negra – propuso el hombre – y yo saco una sin mirar”.

Y en el cuento no llega a dilucidarse, porque el escritor no la escribiese o el narrador la desconociera, la solución ni cuál de las bolas salió; sólo se supo que el moribundo, espantado, exclamó “¡Dios mío, qué he hecho!”.

Ahí se acaba el cuento.

Ella giró la cabeza hacia mí, me miró con gesto lento, los antebrazos apoyados en la mesa y los dedos entrecruzados y preguntó:

-Usted, ¿Qué hubiera hecho?

-Pues... – no sabía yo no dudar.

-Sí. ¿Habría elegido? ¿Qué habría elegido? ¿Lo dejaría al azar?

Me estaba atosigando, yo no sabía arrancarme hacia una sola respuesta y ella me estaba solicitando tres.

-Yo... es que...

-Yo respondí rápidamente – aclaró –; en mi mente nada más, claro. Elegí inexistencia aunque no sé muy bien por qué.

-Uf... yo... pues...

-¿Piensa que hice mal?

-Brrr...

-¿Me precipité, tal vez?

-¿Cómo voy a saber si hizo bien o mal si no sabría decidirme?

-¿Ve? – Dijo –, usted tiene más suerte. No se precipita.

-No sé si es suerte...

-Sí – afirmó muy rotunda –, si no elige no se equivoca.

-No estoy segura de que no elegir evite el error.

-Evita elegir mal, ¿no?

-Sí, pero... ¿y qué?...

-¿Cómo que y qué?

-Pues...

-Sólo atendí al impulso – explicó –, no razoné. Dije *inexistencia* nada más por escapar del fuego. *No existir* no sé que es y el fuego todo el mundo lo conoce... Pero, ¿y si es aun peor? Entonces ¿qué?

-Bueno... – aquí argumenté por ayudarla, pero no muy convencida –, a fin de cuentas no es grave. Usted después de todo estaba fuera del cuento. No arriesgaba.



-¡¡¡Precisamente!!! – Casi gritó – No sirve escudarse en “no me concierne” para invalidar que un error es un error.

-E... A... Un error sólo es error si acarrea consecuencias dañinas, indeseadas... No sé...

-No, no, querida. Luego puede intervenir la suerte y ¡fíjese!; el error, arruinado.

-¡Ah!... pues, en tal caso... ¡No importa el error! Y me puse muy contenta, de ser tan aguda.

-¿Cómo que no? – y elevó tanto la voz que empecé a mirar a todos lados. En el Villamagna me conocen y no quiero dar el cuadro – La suerte es imprevisible, todo el mundo lo sabe ¡hija!, ¿en qué cabeza cabe confiar en ella?

-Así pues – aventuré con una cierta aprensión – nunca hubiera usted acudido al recurso de la bola blanca y la bola negra.

-¡Ah! – Suspiró y se colocó un mechón de cabello mirando a cualquier parte igual que si se estuviera escudriñando con toda precisión ante un espejo –, por supuesto que no. El azar, querida mía, jamás.

-Es decir – me miró con los ojos muy abiertos –, ¿hubiera elegido infierno?, ¡¡eh!!, ¿sí?, ¡¡¡infierno!!!

Aquí debo hacer un intercalado. Como lo que yo decía era mío y me lo sé debo de pensar que no lo necesito y me lo salto sin querer. Por eso me he saltado, después de su “el azar, querida mía, jamás”, mi:

-Qué casualidad. Opino igual, es decir, tampoco yo quiero el azar. Aunque la inexistencia...

Y aquí ya viene su “es decir, ¿hubiera elegido infierno?, ¡¡eh!!, ¿sí?, ¡¡¡infierno!!!”.

Continúo.

-No, no infierno – me defendí –, sólo que... Bueno...

-¿Qué? – aquí ella muy tiesa.

-Pues...

-¿Sabe? – Encendió un cigarrillo con gesto muy brusco, y ni me ofreció ni nada – Me está usted destrozando el sistema nervioso.

-¿Yo? – con poquita voz.

-Usted, usted, usted... ¡¡Qué horror!!

Y yo me devanaba los sesos dispersándome entre tratar de dar con una actitud que no le destrozara los nervios, por un lado, y desear comprender, por otro, a cuento de qué me había puesto yo en situación de prestarme a que nadie me echara tamaña bronca así, sin más ni más.

De modo que puse cara de ir a abrir la boca, si bien no recuerdo ya si era para protestar del trato que ella me daba o para responder no importa qué y se quedara contenta y me dejase en paz.

Pero no me dio tiempo. Que ella siguió. A su manera:

-¿Sabe qué le digo? – Y me apuntaba con su dedo índice –: usted se muere sin haber decidido, entonces...

-Muy posiblemente – me alegré un montón de que se me ocurriera algo aunque no fuese brillante; por lo menos metía baza –; pero me importa un rábano, que ni me estoy muriendo todavía ni he sido tan mala ni tengo apremiándome a ningún diablo preguntando nada. Caray.

-¡¡¡Y dale!!! – Golpeó el suelo con pataditas impacientes – Usted siempre se refugia en lo mismo ¡¡¡Boba!!!

Aquello era el colmo. “¡¡¡Boba!!!” y no éramos ni un poquito amigas. “¡¡¡Boba!!!”. Me estaba bien empleado por ser tan ingenua.

Tuve una idea brillante.

Ahora mismo sigo.

Y es que, como mi obstinación la tuvo muda de ira, por un ratito no dijo nada. Por eso me paré a encender también un cigarrillo – no le ofrecí, anda ya – y mirar el jardín a través del ventanal y pensar que qué pesado un individuo con pinta de ejecutivo que se pasaba la vida allí en el Villamagna hablando por un teléfono móvil absolutamente impertérrito. Debía de ser muy aburrido, pero poco o nada conflictivo.

Cuando se me hubieron serenado el ánimo y las ideas hablé:

-“Y dale”, no. No creo que sea ninguna tontería no querer ni lo malo ni lo peor. Claro, que... – y aquí esgrimí un argumento fabuloso – usted, usted que si se ha lanzado, que se lanzó, así de sopetón y atolondradamente, hizo lo acertado. Mire por dónde, así, sin merecérselo, pero acertó. Pero, ¿sabe?, ¡muchas gracias! Si alguna vez llegara a sucederme algo de... tan de todo, quiero decir, tan de todo punto improbable como es el diablo junto a mi lecho de muerte; si tal sucediera – respiré agitada – proclamaría yo, sin pestañear, con voz firme y muy segura: ¡¡¡Inexistencia!!!

-¡Oh! – Se llevó la mano a la boca con gesto de terror – Es usted muy atrevida. La admiro.

-¿Atrevida? – Me salió un tonillo sarcástico – ¡¡¡Atrevida!!! – Ahora casi lo sollocé –: soy lo más pusilánime que existe sobre la corteza terrestre, se lo aseguro. Y no me admire que, de verdad, no merece la pena. Pero... piense... párese a saber verlo. A mí no se me ocurrió, es cierto, pero usted sin pretenderlo me abrió los ojos. Claro; responder *inexistencia* es la solución ¿No lo ve?

Ahora la compungida, la acorralada, la perpleja era ella.

-Es que – balbuceó – querer no existir...

-Psss – y cambié el cruzado de piernas mientras propinaba un papirotazo decidido a una miguita de pan –: ni caso.

-¡“Ni caso” dice, y debe de ser terrible!

-¿Terrible no existir?

-¿Que no?

-En el peor de los casos – ahora yo me había crecido – si no existe uno (usted, en este caso, suya fue la idea así que apechugue con el protagonismo), es más, si no ha existido nunca (así es como usted lo cuenta, ¿no?), tampoco existirá ni habrá existido nada de lo concerniente a usted... Ni su pensamiento, ni su memoria, ni la posibilidad de que su propia inexistencia la pueda hacer sufrir en modo alguno.

-No sé – cedió un poco, poco y mohína, tamborileando despacito con las uñas sobre el mantel –. Puede parecer razonable.

-Pues, aunque no lo fuera – y ahora sí que la dejé desconcertada – ¡No importa!

-¡Oh! – Murmuró –, ¿no?

-No – rotunda yo –, porque lo bueno viene ahora.

-¿Ahora? Después de ese *no existir* tan absoluto que me pinta, ¿puede venir algo bueno?

-Vamos a ver – volví a cambiar el cruzado de piernas, me acomodé los hombros de la chaqueta, y adopté el tono que se emplea hacia un niño más bien listo pero con pretensiones muy por encima de sus alcances –. Haga el favor de pensarlo.

-No sé pensarlo – gimió.

-Usted – seguí – está dialogando, ¿verdad? Una pregunta, una respuesta... ¿no? ¡Palabras! No vaya más allá. Sólo conteste.

-No entiendo.

-Sí entiende. No se pase. Usted debe de ser desmedidamente sincera, ¿no?



-Pues, no crea... – y noté que enrojecía aunque no fue hasta algún tiempo después que recordé haber notado que enrojecía.

-Bah!, seguro que sí – rebatí –, pero bueno, es igual. Digo que usted dialoga con el diablo. Responda con lo que pueda concederle ventaja.

-Sigo sin entender.

-¿Ve cómo es memamente sincera, innecesariamente sincera? No hace falta que usted **dese**e no existir. Sólo tiene que expresarlo como su elección.

-Bueno – aceptó resignada –, le digo “inexistencia” y... ¿luego?

-¡Pero si es facilísimo! – Yo estaba emocionada – Él ha de ser mínimamente honesto y acatar (tal como le ofreció) la elección de usted.

-¿Y?

-¿Y, y, y? Él no tiene poder para arrebatarse la existencia ¡¡¡Tonta!!!

-¿Usted cree? – ella, recelosa.

-No es que lo crea. Es que es evidente.

-¿Evidente?

-Dese cuenta de que es el diablo. No es Dios (que me da la impresión de que los está embrollando, haciéndose un lío); y el diablo sólo tiene autoridad, atribuciones, sobre el mal. Aparte de que la involucrada es usted, nadie más. Él no tiene nada que hacer frente al bien ni frente a nada que quede, aunque nada más sea por los pelos, fuera de usted que es su presunta presa.

Hice una pausa y la miré a los ojos, y vi en ellos un brillo indicador de que empezaba a comprender. Pero no dijo nada, y puesto que yo ya llevaba carrerilla seguí:

-Dese cuenta de que, por muy mal que hayan ido las cosas, algún mínimo instante alguien la habrá

amado y gracias a usted habrá experimentado un sentimiento hermoso; suscitar un sentimiento tal ya debe de proporcionar un montón de puntos a favor y... aparte de que la menor incursión del bien invalida el mal absoluto, pues... usted pasa, ha pasado, a prevalecer en la mente de esa otra persona que no está involucrada. Otra persona contra quien él no puede nada, ni robarle ni arrebatarse nada; esa persona es invulnerable frente a él y, con ella, todo cuanto configura su ser.

-Pero si quien me quisiera no fuese a su vez una buena persona...

-Usted es tirando a cenizo. Mire, un roto para un descosido siempre lo hay, ya habrá quien la quiera a ella. Además, quererla a usted debe de dejar lavadito como un jaspe.

-Vaya. Y... eso... ¿no es jugar sucio?

-¿Dónde estábamos?

-Mintiendo al diablo.

-Ya. No, mentir al diablo no es jugar sucio.

-Y... ¿si la mintiera a usted?...supongamos.

-Mejor no mezclar las cosas – interrumpí –, dejemos bien puestos los puntos sobre las íes de nuestras eternidades antes de cambiar de tema.

-Vale. Pues puede ser que no me haya querido nadie; que en ninguna persona haya despertado ese sentimiento bello que me puede redimir...

-Pues... queda el recurso de que se le haya escapado un pensamiento, una idea inteligente que otro haya recogido e incorporado a su propio *yo*; ahí quedaría usted perpetuada.

-“Escapado” – repitió un poco molesta –; parece querer insinuar que si largo algo inteligente ha de ser por fuerza en un despiste.

-No sea quisquillosa. Además, puede ser bonito... Inteligencia en estado puro, digamos, no elaborada, no elucubrada, no intelectualizada, no...

-Ya, ya, ya lo he entendido. Pare de enumerar.

-Pues que esa la tiene todo el mundo.

Y como se había hecho muy tarde nos despedimos, con muy poquita ceremonia por cierto.



No me mire con esa cara, todo tiene su porqué. Se me había olvidado y cuando me volvió a la cabeza ya habíamos concertado la cita de hoy. Sí, pude telefonarle, pero, bueno, tampoco es tan incompatible y, además, a usted puede hacerle ilusión.

Porque de la familia de mi padre nunca le he hablado, ¿verdad? Y es que siempre tuve con ellos un trato muy distante. Y no por nada, no crea, es sólo que no se terció; vivían lejos. Sí, sé que existen, incluso conozco nombres sin cara y caras sin nombre, por haberlos visto en fotos. Son muchísimos, por lo visto. Fotos antiguas, tíos y tías que ya serán ancianos si aún viven y para mí siempre serán niños en blanco y negro.

Hoy se disiparan fantasmas atrapados en pequeñas cartulinas brillantes y resquebrajadas. Se salvarán poquitos, los muertos, los que se vistieron de comunión hace quizá setenta años y ahí continúan con el rosario enlazado en sus dedos; los que se marcharon un domingo para pasar en el campo un caluroso día de verano y en el campo siguen sin prisa ninguna, soportando con sonrisa inmutable la noche, el frío, la nieve y... el viento de tantos inviernos. Con un vestidito de tirantes de nada.

Los que se obstinaron en sobrevivir hasta las seis de la tarde del día de hoy y hayan sido invitados lo mismo que yo se verán condenados a desprenderse de su inmovilidad, de su vieja juventud para, aquejados de achaques, dolencias, colesterol alto, canas, dentadura postiza, dedos artrósicos, besar a todos los demás y decirles que están guapos, y comer y beber en exceso y brindar y enhorabuena y recordar, rememorar, revivir, añorar, mostrar interés por dar o recibir *noticia de* y soportar dolor de pies, las señoras sobre todo, que siempre estrenan en tales ocasiones y regresan a casa molidas.

Yo, no.

Estos zapatos que ve están ya muy usados, viejos amigos que me ponen a salvo de obligada sonrisa forzada nunca dolorosa lista para rebobinar en cuantito un gracioso tenga a bien apretar un botón antipático y hala otra vez a sonreír y comer y brindar... Únicamente porque una tarde lluviosa de un domingo de invierno, con merienda familiar, a alguien se le pasa por la cabeza decir eso de vamos a mirar aquel video de...

Pero no están deslucidos, ¿verdad que no?

Me quedé bastante sorprendida cuando encontré la tarjeta en el buzón, después de tanto tiempo. En un principio me refugié en simular no saber nada, no haberla recibido, nadie iba a ver la diferencia. A lo largo de la vida uno cambia de domicilio. Mil cosas.

Algunos días más tarde telefoneó su madre, la mujer de mi primo. Es hija de un primo mío hijo de un hermano de mi padre:

“Vendrás ¿verdad? ¡Nos gustaría tanto verte!”

Mentira. Lo sé muy bien. Frases hechas.

“Mi teléfono no figura en la guía, ¿cómo lo averiguaste?”, pregunté.



Y me respondió con una relación larguísima de coincidencias encadenadas de alguien que se encontró con no sé quién en no sé dónde y *fíjate qué cosas que...*

Total que me lió y yo ahí como una tonta sin saber decir no.

Algunas veces me doy mucha rabia.

Y, para colmo, ya le digo... que los conozco poquísimo. No sé qué tipo de... Qué sé yo... Por la cara que ha puesto cuando me ha visto entrar me temo que voy... Quizá debiera quitármela... Mejor... no habérmela puesto, que ahora ¿qué hago con ella?

¡Oh!...termino de darme cuenta. Me parece que no debe llevarse por la tarde, únicamente por la mañana.

¡Lo que faltaba!

Y parece razonable. Por la mañana la justifica que el sol apretará más tarde, a la salida, pero... por la noche. A las diez o las once de la noche es una incongruencia.

Pues con el regalo no le digo nada. Un mar de dudas. Sí, ya, en la lista había cosas bonitas, otras bastante imposibles (la verdad) y, todas, eso sí, absolutamente incomprensibles para mí.

Y ya el joven que me atendía me dice un poquito impaciente de verme tan dubitativa “no importa elija cualquier cosa”, y yo “pero es que está reservado”, “ah bueno eso da igual todas las veces que haga falta”, “¿y qué hacen luego con tantos iguales?” y, ¿sabe qué me contestó?: “pues se quedan con uno o con ninguno y todos los demás los canjean por lo que les viene bien”.

Así que me dejé de pudores y dije sin más cavilar una cantidad de pesetas que consideré adecuada.

“Pues, mire – respondió muy sonriente el joven invitándome con la mano a que lo siguiera –: esto le queda sencillamente perfecto”.

Pero le seguí únicamente por no ser descortés y cuando señaló con el dedo creo que miré a cualquier parte.

¿Sabe? Se me termina de ocurrir algo agradable ¡Oh!, a usted quizá va a parecerle una bobada pero para mí es importante. Nunca antes he tenido el valor de hacer una cosa así, hoy va a ser la primera vez.

No iré.

Sencillamente no acudiré. Siempre he sido desmesuradamente respetuosa para con mi palabra, aun cuando muchas veces, muchísimas, nadie, ni quien la recibía, la tomaba en cuenta.

De muy jovencita sin ir más lejos, me invitaban a lo mejor a un guateque y, bueno, decía que sí por pudor a rehusar y, luego, a la hora de asistir tenía maldita la gana pero... había dicho que muy bien muchas gracias. Y allí me presentaba haciendo de tripas corazón, y sólo entonces me daba cuenta de que me hubiera podido quedar en casa sin que nadie lo notara.

Sin embargo nunca reuní valor para quebrantar la disciplina, mi norma de conducta.

Hoy va a ser el día.

No, no crea que es una decisión cobarde tomada únicamente porque me siento insegura tocada de esta guisa. No. Aunque no la llevara me mantendría en “no voy”.

¿Para qué?

Ni siquiera me conocen. Me dedicarán sonrisas vanas, dirán tontamente que me parezco a tal o cual tía o tío, me querrán hacer partícipe de su “nosotros” mediante alusiones y referencias a un pasado en el que yo no estuve...

Y eso en el mejor de los casos, si no me miran como a una intrusa y tengo que ponerme a explicar que soy yo... Sí, alguna vez nos veríamos hace un montón de años; pero, ¿quién se acuerda ya?...

¡Ah!... he tenido otra idea, algo que remataría el asunto a la perfección y lo dejaría limpio de aristas y libre de flecos... sin cabos sueltos.

Claro que... para eso necesitaría su ayuda, su colaboración; tampoco es cuestión de dejarla tirada en cualquier parte.

¿Quiere hacerme un favor?



Y es que se presentó aquella tarde guapísima, y llevando sobre su cabeza una pamelita que a mí me pareció francamente bonita.

Ella pensó que mi cara de sorpresa obedecía a su atuendo, pero no era verdad. Sí la miraba con ojos quizá muy abiertos pero de admiración porque estaba de veras imponente. Pero, principalmente, mi cara era de expectación.

Ya me había roto los esquemas en nuestra última cita (un poquito resquebrajados ya cuando dijo no desear seguir hablando de su familia) y no tenía la más remota idea yo de con qué tema inesperado podría pillarme por sorpresa a cada nuevo encuentro.

Yo no era capaz de saber decirme a mí misma si estaba contenta o descontenta con esta nueva norma.

Por un lado implicaba riesgos. Por otro lado insinuaba posibilidades.

Se interferían amenazas y promesas y yo me debatía entre el temor y la seducción.

En un principio había supuesto que lo único que tendría que hacer sería escuchar; en ese mismo principio di por hecho que mi interés se centraba en

escribir, que lo que importaba era borrar el silencio de las páginas que se obstinaban en herirme con su hostilidad blanca.

Sin embargo, y en un espacio de tiempo en realidad muy breve, los acontecimientos habían emprendido un rodar caprichoso que se me empezaba a antojar difícil de atajar.

¿A quién se le había escapado el tema de las manos?

Supongo que no a mí, ¿por qué iba a ser a mí? Lo único que yo manejaba era un bolígrafo, no las riendas de nada.

Aún así tengo que imaginar que, lógicamente, a ella tampoco, que... ¿por qué?, ¿para qué?

Habíamos pasado, sin darnos cuenta, a dialogar y, apenas sin intervalo razonable, a discutir.

Ella en algún momento había dicho “boba” y creo que yo a ella “tonta”. Y también nos habíamos levantado mutuamente la voz, y habíamos encendido cigarrillos sin ofrecer previamente la una a la otra, y nos habíamos interrumpido y quitado la palabra, y nos habíamos cedido respectivamente partes de nuestros pequeños saberes y nos habíamos arrebatado pequeños retazos de ignorancias y nos habíamos intercambiado incursiones en territorios privados, pues privado es, ¿o no?, el territorio de las emociones.

Pensándolo bien, y no es que quiera desentenderme de mi responsabilidad, de haber algún culpable... ¿culpable?... hubo de ser ella.

Ella comenzó primero deslizándose hacia las confidencias con sus contradictorios sentimientos hacia sus parientes y con su *algo así como bulimia casi*, y el peluquero y el frutero y sus amistades y sus novios de juventud. De acuerdo que ahí todavía estaba yo fuera, que aún no me había invitado ni



empujado a traspasar el umbral de su *yo*; pero sí había iniciado ella un suave e imperceptible deslizarse hacia el *yo* mío, dejando acá y allá por los rincones de éste briznas, aunque invisibles casi, de matices.

Luego, como si nada, su “¿usted escucha la radio?” de su penúltima cita, y yo ¡tonta perdida!! “sí, soy una consumidora de radio muy voraz... etc., etc.” y, en la de hoy, que si puedo hacerle un favor.

Sí, seguro que dijo lo de la radio de forma totalmente inocente, ya dije que parecía abstraída por completo pensando quizá en sus cosas, y sin intención ninguna de polémica. Pero, fue una pregunta y ¡es tan maquinal, tan instintivo, tan espontáneo obedecer a sencillamente responder!

Y hoy, ya digo, que si quiero hacerle un favor.

Sí, de acuerdo que puedo contestar “no”, nada me obliga a responder “sí” pues que ella misma comentó en cierto momento “...porque usted y yo no somos amigas, qué bien, ¿verdad?”.

Pues sí, es verdad, no somos amigas. Muy bien. Y como no somos amigas no tengo que hacerle favor ninguno.

Y, si le molesta, pues mejor: tornan las aguas a su cauce, se ponen de nuevo las cosas en su sitio, se recolocan descolokes varios y tan contentos y...¡¡en paz!!

Pero, me conozco, creo. Y no me parece que pueda yo decir que no así sin más contemplaciones y, en caso de que lo hiciera, estoy segura de que me arrepentiría en seguida, me auto culparía de haber sido brusca e irreflexiva y terminaría por rectificar y “bueno, en fin, ¿de qué se trata?”

También se me pasó por la cabeza espetar a bocajarro “¿se puede saber por qué está usted infringiendo los puntos de nuestro acuerdo?”.

Pero tampoco me decidía, que esta tarde la notaba yo en parte desvalida, en parte majestuosa bajo su pámela, y, majestuosa o desvalida lo que también era cierto es que permanecía aguardando mi respuesta con una mirada ansiosa tan angelical que me cautivó. La verdad.

Ahora es por la noche y estoy en la cama, pero aun tengo la luz encendida y un libro entre las manos; siempre leo un poco antes de dormir y, cuando ya tengo mucho sueño, lo cierro, conecto la radio, me pongo crema en las manos y tiro los almohadones sobre el sillón que me queda más cerca. Todas las noches los mismos gestos. Igual que un ritual.

Tengo el libro abierto pero no estoy leyéndolo. Mi mirada se posa en cualquier parte y es posible que (aunque no de manera consciente porque tal vez se me ha ido el santo al cielo) me esté medio riendo.

¡Mira que soy a veces complicada y agorera!

Mientras ella estaba allí con la expectación prendida de mi respuesta yo traté de adivinar qué querría pedirme.

Me asusté.

“...tampoco es cuestión de dejarla tirada en cualquier parte”, había dicho.

¿Dejar tirada a quién?, me pregunté muy deprisa.

Si lo decía por mí que no se preocupase, que no me dejaba tirada, me quedaba yo.

¿No pretendería que la acompañara?... Huy, ni pensarlo.

Y que si no se veían, y que si no se trataban, y que si no la iban a conocer, y que tendría que explicar quién era... ¿Estaría planeando enviarme a mí a “su” boda?

No se me ocurría nada más. Y ella, allí, sin pestañear.

Total, que dije lo que yo ya sabía que iba a decir. Siempre me pasa lo mismo.

-¿Cuál? – así, escueta.

Se puso de pie casi de un brinco muy contenta y me agarró por una muñeca.

-Venga conmigo.

Tiraba de mí afanosamente en dirección a los lavabos, pero bruscamente se paró ante una vitrina en la que se exhibían zapatos y bolsos un tanto llamativos. Miró el interior casi pegando la nariz al cristal y abriendo mucho los ojos.

-Se ve muy mal – dijo muy rotunda. Y me agarró de nuevo.

-Se ve muy bien. Zapatos y bolsos de color rojo. Versace.

-No miraba eso. El baño es lo mejor. Cuando llegamos ante la puerta me soltó y, esfumada como por encantamiento la vehemencia con que me había llevado de la mano, habló en tono pausado:

-Nada más quiero que se mire al espejo. Si usted no se ve bien no le insistiré, puede estar segura.

Me alarmé un poquito ante la eventualidad de que me hubiera salido de repente una erupción o algo que me hiciera aparecer desfigurada.

-¿Tengo sarpullido?

-¡Huy! no. Un cutis bien bonito.

-Entonces no necesito mirarme – y me giré en dirección a la mesa.

-Bueno. Quiero saber si se gusta.

-No me entusiasmo pero me soporto – respondí con ínfimo énfasis –; me tolero al menos desde que superé los traumas de la adolescencia, y ya hace. Entonces quería ser más alta si alguna actriz famosa

lo era o más baja si de repente lo que hacía furor eran las menuditas. Y quería otro color de ojos y otra textura de pelo y un lunar aquí y...

Por fin entendí una cosa tan sencilla. Quería que me probase su pamelita, únicamente eso. Aunque no era así exactamente. Mirarme al espejo con la pamelita puesta y además gustarme eran dos requisitos previos al verdadero favor.

Entre tanto habíamos estorbado cumplidamente a varias señoras que, de dos en dos lo mismo que nosotras, nos invitaban a despejar la entrada a base de “perdón”, “disculpen”, “¿permiso?”.

Al fin también nosotras entramos y ella aún puntualizó:

-Si no me veo libre de ella no sabré distinguir si no voy a esa boda porque no me da la gana o porque la encuentro fuera de lugar. Quiero saber que es porque no quiero.

Se quitó la pamelita y sacudió su melena corta de bucles gruesos.

-Para usted – y mientras hablaba se metía los dedos entre el pelo ahuecándolo – y únicamente en el caso de que le quede bien, es diferente. Cualquiera que la vea puede pensar que está regresando a casa. Aún queda un rato para que se ponga el sol.

De modo que me vine a casa paseando en lugar de en taxi como es mi costumbre, que me hacía a mí gracia lucirme un poco, tan guapa. Pero cuando tuve el impulso de entrar en una droguería hube de reprimirlo aunque los platos estaban sin fregar; no podía llevar una pamelita tan preciosa en la cabeza y, en la mano, una botella de lavavajillas.

Parece que comienzan los bostezos. Cierro el libro, conecto la radio, me pongo crema en las manos y tiro los almohadones sobre el sillón que me queda más cerca. Igual que un ritual.



¡Ah!, y me quito la pamela, qué pena. El próximo día la pondré dentro de una bolsa de papel grande, de esas de casa de modas elegante y se la devolveré.

Y los platos ahí amontonados en la fregadera.  
Bueno. Mañana.



Estoy afligida, irresoluta y compungida. Usted no puede comprenderlo, y no pretendo apuntar, no, en absoluto, ni sugerir ni insinuar que ande usted carente de inteligencia o perspicacia. No. No es eso. Pero, usted, insisto, no puede comprenderlo.

A mí bien que me gustaría no dejarla sumida en dudas ni en enigmas. Pero, así son las cosas.

El devenir de los acontecimientos es implacable a veces, ¿sabe?

No hay más salida que tratar de digerir la tal implacabilidad. No sé si usted me sigue. Tampoco sé si se ha parado a fijarse en el modo en que tantas personas, afanadas en no dejarse sorprender por lo imprevisible, dedican toda su atención a mantener bajo control la eventualidad, lo provisorio, y pierden totalmente el norte de su realidad tangible y cotidiana hasta el punto en que, por escapar del fuego van a dar en las brasas, y terminan por verse acorraladas por la inocente fluidez del cada día.

Una vez oí contar de alguien que, para asegurarse de que pasara lo que pasase no se vería nunca en trance de morir de hambre, se alimentaba únicamente de lagartijas, escarabajos y no sé cuántos más bichejos repugnantes que él personalmente atrapaba deambulando por ahí, por zanjas y rastros. Y sólo por ejercitarse.

Nunca hallaba momento ni lugar para dar cuenta de un entrecot normal y corriente en condiciones. Totalmente absorto en practicar.

No estoy segura de que encaje.

Sin embargo, de lo que sí puedo darle mi palabra – y sólo me percaté de ello cuando usted afirmó que sí lo era –, es de que ni por asomos estuvo en mi ánimo no ser honesta.

Ahora estoy metida en un atolladero.

Pero a lo mejor eso carece por completo de importancia...

Fíjese.

Todo el que hace algo con dedicación. Desea hacerlo bien ¿No?

Imagínese, un pintor. No querrá mostrar sus cuadros en una exposición hasta haberlos escrutado, considerado y remirado; hasta no haberles aplicado lo que él llamará la última pincelada.

Un escritor no dará a leer su obra en tanto no haya verificado el estilo, la gramática, la ortografía, el léxico; hasta que no la considere limpia de errores, reiteraciones, contradicciones.

Un director de orquesta persistirá en los ensayos hasta que el segundo violín, o el bajo o el piano, entre exactamente en el ínfimo instante en que ha de hacerlo.

Y todo eso está muy bien. Sí. Pero... ¿y vivir?

Cada cual se levanta por la mañana y, hala, a vivir sin más contemplaciones y sin ningún preparativo, sin precalentamiento ni ensayo ni fe de erratas ni nada de nada. Bueno, ¿y qué pasa si a las once de la mañana no lo tiene contento cómo marcha su día? Ya no es posible hacer que el despertador vuelva a sonar a las ocho de esa misma mañana, desperezarse y levantarse de nuevo y vivir enmendadas las horas trascurridas.

No, hija mía. La trama de la vida se desarrolla siempre en vivo y en directo.

Y eso es una crueldad... aunque... si no lo fuera, el Universo entero estaría siendo como un puzzle perfecto.

Quiera Dios que lo sea, porque de lo contrario usted no me lo perdonará.



Yo no debería dar lugar a que sucedan estas cosas.

Me refiero a la otra noche.

Hice mal en escribir fuera de contexto, en la cama, por la noche, en mi tiempo.

Deseo ser dueña de mi tiempo. Holgazanear leyendo libros de misterio y limándome las uñas y colocando piezas del puzzle y no teniendo ahí un cielo sin terminar que si quiere llover no puede, que le faltan las nubes, ni puede el sol brillar radiante en un azul tan escaso.

Pero es que algunas veces, no me importa admitirlo, me lía, me atrapa como si ella fuera una araña lista y yo una mosca tonta apresada en su tela.

Esta vez – pero ya me he acostumbrado lo suficiente a ella para no alarmarme ante tales irregularidades – ha estado cerca de dos semanas sin aparecer.

Ayer me llama. Muy bien. Dice que si puede verme lo antes posible. De acuerdo. Que *mañana* (por hoy, claro). Que no hay problema. Que si estoy enfadada. No, no, tranquila. Que no sabe cómo lo solucionará ¡Uh!, pues (aunque no tengo la menor idea de a qué se refiere) de una forma sencillísima, ya verá.

Dice que qué bien que le doy ánimos, y veo cómo cuelga el teléfono con una sonrisa satisfecha.

Pues hoy se me presenta temblorosa, dubitativa y atolondrada y empieza a largar una sarta imposible de incongruencias lamentándose de no sé qué irresolución aunque yo no sea tonta pero que las cosas de la vida son así.

A todo esto levantándose de la mesa y arrancándole de la mano el mechero al señor de la mesa de al lado, sin contemplaciones y, muy sobresaltada “huy, perdone”, devolviéndolo a nuestro cestito de los croisanes.

Pero que las salidas implacables hay que digerirlas afanándose en no dejarse sorprender por lo imprevisible de la realidad tangible acorralada por las brasas, comiendo escarabajos sin intención ninguna de ser deshonesto. También dice que un pintor no dará la última pincelada hasta que no haya entrado un violín o un piano y nunca antes de las ocho de la mañana ni después de las once, porque entonces el puzzle no sería perfecto.

Añade una cosa muy rara, algo así como que si Dios no está conforme yo la castigaré.

Yo debería proveerme de una grabadora. No que pretendo seguirla así, a mano y por mis propios medios, y a veces sospecho que las conclusiones pueden ser barbaridades.

-Es su pamelela.

-¡Qué va! Es algo infinitamente más complicado.

Y es que no ha hecho caso cuando yo, por cambiar de tema ya que no sé qué decir porque estoy perdida, he alzado una bolsa grande de papel satinado y la he balanceado ante sus ojos.

-Está aquí dentro – explico.

-Ah ¿Sí? ¿Por qué?



-Bueno, es una bolsa bien bonita. Puede parecer que va de compras.

-Ya – y contesta mirando para otro lado y alzando la mano con negligencia queriendo atraer la atención del camarero –, pero tiene una pamelita dentro. Usted lo ha dicho.

-¡Pero si es la suya!

Entonces pegó un respingo como cuando suena un despertador fuera de hora.

-Se la había regalado – y me miraba con los ojos muy abiertos.

-¿Regalado? – Y seguro que me brillaron los ojos – ¿Una pamelita tan bonita?

-Perdí el ticket. No puedo ya cambiarla por otra más fea.

-Debería decir no no muchas gracias. Pero digo que sí porque me encanta. Es preciosa. Me la pondré para todo... igual que la prima Práxedes.

-¿La prima Práxedes? La prima Práxedes, “mi” prima Práxedes, no se ha puesto una pamelita en su vida ¿Por qué dice tonterías?

-Ya – replico un poco avergonzada –, es una licencia que me tomé. La verdad es que era un tirolés, con una pluma cortita. De mi invención.

Y mientras yo tartamudeo tan inocente culpa me está mirando muy inquisitivamente. No sé qué le pasa ni a qué puedan obedecer cambios tan bruscos. De nuevo parece estar muy alterada. Se ha puesto de pie y ha comenzado a pasear nerviosamente, como si estuviera tan tranquila en el pasillo de su casa o muy impaciente en el de un hospital, y – esto me dejó helada – se acercó a una mesa (por fortuna no la misma de antes), arrancó una flor de ese ramito que siempre suele haber en las mesas, la destrozó allí de pie muy seria dejando todo el mantel regado de pétalos, dedicó una encantadora sonrisa al atónito

anciano que apartó la mirada del ABC sosteniendo su taza de poleo en el aire, y regresó a sentarse muy tiesa.

Al decir “mi prima Práxedes” había acentuado el *mi* con lo que me pareció un matiz de retintín y un muy marcado movimiento de su mano golpeando con el índice sobre su esternón, interpreté pues que deseaba puntualizar que la prima era *sólo suya* y supuse que había sido por mi parte un exceso de familiaridad atribuirme el parentesco mediante mi imprudente “la prima”. Así, me aprestaba a presentar mis excusas cuando, en otro de sus imprevisibles cambios de estado de ánimo, sonrió:

-Y, dice usted que un tirolés ¿Sí?

-Sí – me temblaban un poquito los labios –, pero muy pequeño – expliqué, como si un tamaño menor fuese a enfadarla menos –. Y, luego, intenté quitárselo. Pero ya no tuve fuerza. Fíjese que ni tan sólo logré arrancar la pluma...

-¿Le quedaba bien?

-Pues... yo la encontraba muy graciosa.

-Bueno, ella, propiamente guapa no es.

-Fíjese. Yo pensaba que sí.

-Claro – concedió –, tal vez para el gusto de usted sí. Es de mediana estatura y...

-¡No! – Interrumpí con un punto de premura – Déjelo. Vendría a ser una especie de híbrido, mezcla de su definición y de la imagen que yo tengo forjada.

-Como quiera – transigió –, pero corre usted el riesgo de andar totalmente equivocada.

-¿Equivocada?

-Claro ¿Y si “su” prima Práxedes no tiene nada que ver con la verdadera? – marcó una pausa –. Podría suceder.

Ahora había recalcado el *su* con muy similar énfasis al que apenas hacía unos minutos había

aplicado sobre el *mí* y (de manera fugaz, instantánea) se avivó por un segundo la minúscula llama de la sospecha que, de tanto en tanto, tomaba vida en mi pensamiento. Era, no obstante, una sospecha sin fundamento ninguno y yo la ahuyentaba con tesón lo mismo que se aparta una mosca latosa e impertinente.

-De cualquier modo – aduje –, siempre que usted la nombrase yo estaría sabiendo a quién se refiere. La fisonomía es sólo un dato superficial.

-No sé. Imagine... sólo es una suposición, naturalmente, pero... imagínelo, que yo he alterado los nombres de todos mis familiares de que le he hablado ¿Quién será alguien que tiene un nombre falso y una imagen disparatada?

-Para mí serán siempre las mismas personas que he recibido de usted. Aun en el supuesto de que... y sólo es una suposición, claro, pero imagine – remedé – yo a mi vez haya modificado los nombres por otros de mi invención. Podría suceder.

-¡Bah! No creo que lo haya hecho ¿Para qué iba a tomarse esa molestia?

-Podría darle alguna que otra razón; pero no, no viene al caso. Es accesorio.

-¿Y?

-¡Oh!, nada – replico –. Es sólo que a veces usted parece querer avasallar, acoquinar, desalentar, minar, chafar...

-Vale vale vale vale... – y va alzando la mano acomodándola a la cadencia del tono de su voz –. Mi intención era únicamente puntualizar, sin maldad ninguna.

-Está bien, lo podemos dejar ahí – y cambio de tema –. Antes la interrumpí.

-¿A mí? ¿Cuándo?

-Sí. Andaba usted deambulando por no sé qué diatribas imposibles...

-Diatribas – repite lentamente y pregunta – ¿Qué son diatribas?

-Bueno. Andaba usted sumergida en un monólogo acerca de la vida y de tener que vivir sin ensayar.

-Ah, ya, sí. Sí. Creo que albergaba la vana pretensión de hacerle a usted considerar que, en ocasiones... En fin, que no siempre las cosas son... no siempre los acontecimientos discurren... Pero usted dejó ver bien claramente que todo eso la trae sin cuidado. Así que allá usted. Luego no reclame.

Se queda muy erguida, con los codos sobre la mesa y las manos cruzadas bajo la barbilla.

Yo no sé qué contestar porque no sé de qué habla ni a qué se refiere cuando me advierte de que luego no reclame ¿Reclamar, qué? Pero tampoco le pregunto por no liar más la cosa.

No es ésta la primera vez que tengo la sensación de estar atrapada en un callejón sin salida. No entablamos diálogo y su monólogo no es fluido; antes lo era pero ya no lo es. Igual que en un auténtico callejón sin salida queda la opción de retroceder, es la única posibilidad, pero ni el retroceso se presenta como un camino definido ¿Retroceder qué pasos? ¿En qué punto del tiempo, en qué lugar, en qué gesto debo reinstalarme?

No lo hay. No hay retroceso. No existe ya un instante ninguno en ninguna parte desde donde se pueda mirar por segunda vez el ahora mismo.

También yo me he quedado quieta, también con los codos sobre la mesa y también con las manos bajo la barbilla.

Las manillas del reloj avanzan (iba a decir *lentamente* porque parece que la frase lo pide y el



entorno lo ofrece, pero lo cierto es que avanzan a su paso, el de siempre), los cafés en las tazas estuvieron calientes y están tibios, en una de las mesas cercanas una de las flores de uno de esos ramitos que siempre suele haber en las mesas ya no está, ni los pétalos desperdigados tampoco porque el camarero limpió y montó la mesa nuevamente cuando el viejecito del ABC se marchó tras haber intentado interesarse (ya inútilmente) en la lectura.

Las manillas siguen avanzando y ella continúa con los codos sobre la mesa y las manos cruzadas bajo la barbilla. Yo, igual que ella. Los relojes modernos no se paran, aunque no se les dé cuerda. Yo veo la esfera del reloj de ella porque ella está sentada a mi derecha; ella no puede ver la esfera del mío porque yo lo llevo en mi muñeca izquierda.

Puedo cerrar el cuaderno y así hacer desaparecer la prueba de qué falta en ese “nosotras” que se ha ido tejiendo fuera de nosotras con hebras hiladas dentro de nosotras.

Puedo cerrarlo. Pero no estoy segura de poder cerrarlo; no, me he equivocado, quise decir *querer* cerrarlo. Eso es, quise decir querer.

Voy a descruzar mis manos y voy a cerrar el cuaderno. Solamente si comienzo a cerrarlo podré estar segura de si quiero cerrarlo del todo o no.

Durante un rato, no sé cuánto, no he mirado el reloj. He estado quieta, con las manos cruzadas bajo la barbilla, pero yo sé que lo que debo hacer es escribir, dejar constancia y dar fe, igual que hacen los notarios, de todo cuanto ella diga o, en su defecto, de lo que no diga. Por eso he descruzado las manos, porque si las manillas siguen avanzando y yo no he registrado su avance yo no habré estado siendo veraz.

He descruzado mis manos para agarrar de nuevo el bolígrafo y seguir escribiendo aunque ella continúe

cruzada de manos y sin decir nada. Pero el cuaderno no está delante de mí, el cuaderno está delante de ella y ella es quien tiene el bolígrafo y ella quien está escribiendo en “mi” cuaderno.

Como ve que la miro con cara de enfado se para y, como con sigilo, desliza el cuaderno abierto sobre el mantel y lo sitúa justo bajo mi vista; el bolígrafo lo coloca en diagonal encima y dice en tono dócil:

-Tenga. Sólo quise ayudar.

Pero estoy bastante menos enfadada de lo que ella cree y mucho, muchísimo menos, de lo que yo misma he supuesto en un primer momento.

-¿Ayudar?

-Sí. Usted se quedó quieta, con los codos sobre la mesa y las manos...

-No diga – la corto medio gritando – con las manos cruzadas bajo la barbilla porque entonces ya sí que me pongo histérica del todo ¿eh?

-Bueno – habla despacio y bajito, concienzudamente paciente –, pues eso. Y no grite que la van a mirar.

-No quiero gritar – me disculpo –, pero es que esto puede tener consecuencias terribles, y usted parece no darse cuenta. Es una inconsciente.

-¡Consecuencias terribles! – Me hace burla –. No será para tanto.

-¡Ah!, ¿no? Imagínese que esto cae en manos de un inocente desconocido; se hará un lío.

-Psss – emite ella ahora el mismo psss que yo sé haber emitido en algún momento – ¡Qué importa eso!

-Claro que importa – me defiendo – no se le puede dar al hipotético lector todo mezclado. Los personajes han de estar definidos. Usted debe conservar su identidad y, a mí, me gustaría preservar la mía. Sinceramente.

-Eso – y al decir eso señala con su índice un punto cualquiera en el aire con precisión milimétrica – podría ser una imbecilidad, pero lo salva el hecho de que es imposible.

-Imposible... No puede ser imposible.

-Pues lo es. Fastídiase ¿O se piensa usted que cada persona es un compartimento estanco? Envasado al vacío como el salmón ahumado ¡Cómo se puede ser tan cortita!

Lo último lo ha dicho así como entre dientes; pero lo que puede molestar se oye siempre estupendamente. Por tanto la he oído.

-No es eso – me irrito –. Nadie es un salmón y yo lo sé. Pero... ¿cómo lo diría?... ¡Cada texto ha de concordar con su contexto!

-¡Ja! – En un tono burlón y exagerado muy explotado en el cine para poco exigentes – Con esos topicazos el mundo permanecerá siempre encasquillado en punto muerto.

-¿Muerto? – me sorprende.

-Sí, hija mía. Eso le pasaba al pollo de Paulov... ¿Era Paulov?

-No sé de ese pollo.

-Mire – ahora el tono de ella es benevolente -: todos, incluso usted, somos capaces de absorber el entorno.

-Sí – ahora me muestro mordaz –, pero debe de ser algo elemental que se hace casi solo y sin querer, cuando hasta yo lo hago, ¿no? Pues entonces no me largue una filípica ¿Vale?

-Exactamente; elemental e inherente al ser humano. Y no se para uno a cada gesto, a cada pensamiento, a cada conjetura a que su mente alcanza, no se detiene a memorizar de quién proviene ni a dar las gracias al propietario original, ¿verdad? Claro que no.

-Sí. Es verdad. Y eso ya lo sé. Pero una cosa es que cada cual y con su propia capacidad de síntesis seleccione y, otra, muy diferente, una especie de monstruo de Frankenstein hecho de retales.

-Ah pero esto no es un monstruo. Mírelo – y con su uña hace brincar las páginas –: ni siquiera se nota el cambio de mano.

Entonces soy yo quien, una por una, paso las páginas hacia atrás y compruebo que es asombrosamente cierto y que, a menos que se analizase con ojo muy crítico, en ningún lugar se aprecia un cambio en la estructura del manuscrito ni aun en la caligrafía; que parece que la caligrafía es algo intransferible.

-Bueno – y acaricio la superficie blanca, más que con mi propia mano un poco ajada ya, con la que podría ser mano de colegiala adolescente pronta a abordar su tarea –, pero no volverá a hacerlo ¿Verdad?

-Pero si no lo he hecho con ningún entusiasmo. Desagradecida. A mí lo que me gusta es hablar, ya lo sabe; pero, escribir, más bien me repatea.

-Y... ¿de verdad que no ha hecho trampas?

-No sé qué trampas.

-Mirar atrás.

-No soy proclive a la nostalgia.

-No digo eso. Pregunto si ha fisgado por ahí detrás. Algunos trozos son privados y sólo míos.

-No le puedo ayudar. Dese cuenta de que si le digo que no no me creerá y si le digo que sí le dolerá.

-Vaya usted a saber; que lo mismo me dice que sí y sí que no me lo creo.

-Seguro que no soy tan escrupulosa.

-¡Seguro!

-¿Qué sí o que no?

-Usted es incombustible.



-Antipática.

Y como ya era un poco tarde nos dispusimos a marcharnos y, yo, por asegurarme de que no escribiría en casa, agarré el bolígrafo con intención de colocar la marca que da entrada a su monólogo y que es ésta:

⊙⊙⊙

Y por debajo de esta marca yo ni despego los labios, ni intervengo, ni pienso, ni opino, ni nada de nada.

Otra cosa es cuando escribo durante sus silencios o fuera de su compañía. En tales casos la marca es:

◇◇◇

Y ahí sí que yo ya digo lo que me parece, y pienso y discurro y opino y meto baza en cuanto me da la gana.

Pero ella hoy me ha agarrado la muñeca con firmeza y ha protestado:

-¡¡No!!

Y lo ha dicho en un tono tan dramático que me ha asustado y, bueno, me han dado hasta palpitaciones.

Al preguntar qué le pasaba me explicó que le agobia mucho sentirse acotada, que siente algo semejante a la claustrofobia y que no lo puede soportar. Añada que si vuelvo a encerrarla se marchará y que no volveré a verla nunca más.

He tratado de hacerle comprender que es necesario. Le he dicho que es ineludible delimitar los territorios, que si no atendemos a un criterio y no nos marcamos una norma de conducta nos terminaremos

por diluir la una en la otra y nos convertiremos en seres difusos, disparatados, informes y absurdos.

Pero no atiende a razones y replica que, habida cuenta de que el problema es mío, allá me las apañe y lo solucione como buenamente pueda pero, no, por supuesto – añade muy empinada –, a costa de su perjuicio.

Yo refuto que el problema no es mío sino de ella, que ella es quien tiene claustrofobia, y no yo.

Y ella que su claustrofobia no es el tema, que el asunto es que si yo deseo seguir adelante debo tener en cuenta que *ella* tiene su claustrofobia.

Y cuando se ha callado y en el intervalo de silencio he querido ver una tregua que me permitiría discurrir una salida, se ha vuelto hacia mí con un respingo y me ha reprochado:

-Porque usted me ha metido a mí en esto.

-¿En qué?

-En todo este embrollo.

-Eso no es cierto y usted lo sabe – y suavizo un poco mi voz –; en todo momento me he ceñido a sus deseos.

-¿Mis deseos? ¿Qué deseos?

-En todo momento usted ha hablado porque ha querido y de lo que ha querido. Cuando le ha parecido bien ha arrinconado lo que ha estimado oportuno arrinconar y ha continuado por donde le ha venido en gana. Puso a toda su familia en danza y al retortero y, luego, hala, los dejó por ahí tirados...

-¡No meta a mi familia en esto! – y esto me ha conmovido un poco porque he visto cómo se le han llenado los ojos de lágrimas.

-No he sido yo. Usted los eligió – puntualizo.

-Eso se dice muy fácil. Si pudiera hacer una selección me quedaría con muy poquitos.

-No me refiero a eso. Quiero decir que usted los eligió como... ¿cómo diría yo? Como eje de nuestros encuentros.

-Ah, bueno. Porque de la otra manera... no vaya usted a creer... salieron así y... pues... qué remedio que echar para adelante – hace una pausa y se mordisquea el labio –. No iba a matarlos, ¿verdad?

-¡Oh, claro que no! – Me muestro comprensiva –, eso sería una barbaridad.

-Pues yo lo he visto hacer así de veces – y hace una piña con todos los dedos de una mano y los separa de golpe –; así, así, así.

-¡Hija!

-Ah, sí. Pero con premios y todo, y aplaudidos y bien considerados, ¿sabe? Pero a mí me parece una chapuza.

-A veces se ha dado el crimen perfecto.

-¿Quién habla de crímenes? – Me mira con extrañeza – A veces tiene usted una imaginación muy rarita. Y vamos a dejarlo por esta tarde, que hoy la encuentro yo un poquito torpe.

Nos ponemos de pie y recogemos las cosas; los cigarrillos, los mecheros, esas pequeñas minucias tan fáciles de olvidar por todas partes.

-Anda... tengo el reloj parado ¿Qué hora es?

-¿Lleva el reloj de su primera comunión? Los relojes modernos no se paran aunque no se les de cuerda.

Hala, mira, un buen espacio en blanco. Esto es, por lo visto, lo que a ella la deja contenta... ¡Fuera marcas! Muy bien, pues nada, así y listo; yo de lo que no tengo ganas ningunas es de discutir, ni de tiranteces, ni de follones ni de broncas.

Hace más de una semana que no la he visto.

Anteayer me telefoneó, pero yo tenía cita para la declaración de la renta ayer, y hoy tampoco puedo que estoy perdidita de canas, de modo que a la peluquería. Y mañana unas frivolidades de índole personal que no vienen al caso. Pasado, que ella no sé qué. Me llamará de nuevo el viernes.

Por lo demás, esto va a trancas y barrancas; a la vista está. Pero yo no puedo hacer otra cosa.

El último día, mismamente. Le puse en bandeja (cuando yo era más joven había una expresión pizquita vulgar..."poner a huevo", pero ya no sé si se lleva; aunque también la bandeja es algo antigua), bueno, pues que le di pie a que se sincerase, ¿no? Cuando lo del crimen perfecto... ¡¡Es que más fácil ya!!

Porque mis sospechas se recrudecen, eso desde luego. Pero rechazó el capote que le tendí, acusándome, con una ingratitud imperdonable por cierto, de mente calenturienta o algo similar.

Por el por si acaso yo he de darlo por válido. No estoy para nada dispuesta a suponer abiertamente, así, por mi cuenta y sin pruebas fehacientes, y que luego tengamos un disgusto y yo me vea obligada a agachar las orejas y pedir disculpas.

Otra cosa, muy diferente y a la que nadie me puede negar el derecho, es a lo que ya he dicho: a las sospechas. Pero sólo para mis adentros y sin decir ni pío.



El otro día, por el teléfono, va muy lagarta y me dice “le estoy preparando una sorpresa”. Total, que, cualquier cosa...Ya veremos.

A veces me dan tentaciones de liarme la manta a la cabeza e independizarme.

Hay quien dice, a mí me parece que con demasiado desparpajo, que lo que hace una persona lo hace otra. Yo soy más humilde y opino que no, la verdad. Porque, vamos a ver: ¿Montserrat Caballé jugando al tenis? ¿Woody Allen En Busca del Arca Perdida? ¿La madre Teresa de Calcuta una Chica de Oro?

Insisto en que, a mí, me parece que no. Por muy buena voluntad que se le eche.

Porque yo antes vivía muy bien. A ver si no. Nadie me daba desplantes ni disgustos y no andaba yo expuesta a ver alterada mi tranquilidad simplemente porque sí, porque cada cual tiene su temperamento, y sus prontos. Si yo lo comprendo; pero, eso, lo que digo, que las cosas son como son y no hay más que rascar.

Que ella está de buenas y pues mira tú que bien: una tarde muy agradable.

Que ella está de malas. Pues aquí ya la cosa cambia mire usted por dónde. Y yo no tengo necesidad ninguna de sofocones.

Para, a fin de cuentas, no enhebrar una historia en condiciones.

Muchísima gente. Hermanas, primas, abuelos, bisabuelos, tíos, ascendientes, descendientes, criadas, hijos, nueras, amistades... ¡qué sé yo!; pero todo ahí como en vilo y..., bueno, ¿qué?... Una... pf... ¡iba a decir *trama!*, *una trama mediocre* iba a decir... ¡Pero si no hay ni trama!... No pasa nada, a nadie le ocurre nada excepto cotidianidades... pues como a todo el mundo.

Cuando uno se aplica a desnudar a su propia familia ante el primer extraño que se tercia, que desvele, al menos, peripecias sorprendentes, dramas estremecedores, grandes pasiones y grandes miserias y hazañas y mezquindades y... pues Ana Karenina, Lo que el viento se llevó... Un montón; pero no, así... que una cosa tonta y sin fundamento y sin un *desde* y sin un *hacia*.

Para eso me las hubiera yo arreglado con mi propia familia... sin ir más lejos.

Claro que, que mi propia familia... ¡válgame Dios! A esa sí que hay que echarle de comer aparte; de modo que mejor ni tocarla.

Además yo no soy ella, eso tengo que reconocerlo, ni su prima Práxedes es mi prima Angustias... que mírala qué sosita pereza le da a una hasta pensarla y tan a gusto que está el mundo sin haberla conocid... ¡Bah!

No: aunque me duela la envidia no puedo escaparme de admitir que no me sé enrollar como se enrolla... Pero en eso ya estamos, por ahí ya he empezado yo. Que no todo el mundo vale para lo mismo. Si eso ya lo sé. Pero... bueno: que estoy harta.

Aunque tampoco tan, tan harta, para decir la verdad.

Los ratos que pasamos juntas me resultan, por lo general, bastante gratos. Es más, los aguardo con ilusión. Hay en nuestra relación (no diré en nuestra amistad porque amigas no somos, que yo sepa) un no sé qué de comfortable, de distendido. Me gusta cuando, en los silencios, ella se queda mirando a cualquier parte pensando en sus cosas y haciendo caso totalmente omiso de mi presencia allí a su lado, como si fuera yo parte del mobiliario y nada más. Esa actitud, lejos de herirme, me facilita mi propio estar y, si en ese momento no hay nada que escribir, yo

también me sumerjo en mi propio mundo y me permito mirar las musarañas y hacer simplemente nada con muchísimo mayor desparpajo que si estuviera sola. Sola, parece que una ha de justificar un motivo para cada gesto o para cada acto. Con una persona al lado, aunque no te haga caso, ya puedes canturrear por lo bajini, sentarte de medio lado y dar pataditas al aire con las piernas cruzadas, sacar un espejito del bolso y, musitando, echarte una ojeada “anda, mira, una pata de gallo”; una serie de cosas, en fin, que si estás sola no te las puedes ni plantear y tienes que fingir interés en una revista que lo mismo es de economía o hasta del mundo del motor o, todo lo más, mirar el reloj de vez en cuando para que parezca que estás esperando a alguien.

Me estoy refiriendo a lugares públicos, claro está; que una sola pero en su propio terreno ya hace lo que le viene en gana sin necesidad de apoyaturas.

Hay otras formas de estar juntas dos personas que, sin llegar a ser detestables, sí que resultan penosas. Es cuando cualquiera de las dos, como por un acuerdo tácito, se erige en algo así como anfitriona (a veces aun a su pesar; es la otra quien la inviste de tal título sin decir palabra y sólo con la actitud zángana de dejarse llevar tan desahogadamente, igual que el cangrejo ermitaño) y ha de asumir la responsabilidad de... de... no sé muy bien de qué pero sí que le toca devanarse los sesos por mantener un estar bien presentado y que la conversación no decaiga y pamplinas así.

Con ella no es así. O al menos para mí no lo es...  
Allá va otro espacio.

No se puede hacer una idea del disgusto tan grandísimo que tengo. Todo me ha salido mal; tantas ilusiones que tenía depositadas en este asunto arruinadas por completo. Lo que más lamento es que ya se lo había prometido y ahora usted va a pensar que no dije la verdad, que eran fantasías mías, que no le estaba preparando sorpresa ninguna y que soy una enredadora. Pero sí que era verdad aunque no pueda demostrárselo... ¡Oh!... ¡Qué malísima suerte!

Y es que no me explico cómo ha podido ocurrir. Parece una cosa de brujería, fíjese. Nada más pudo ser en una exposición en una de esas salas modernas con medidas de seguridad tan sofisticadas. Sí, debió de ser eso, que otra posibilidad no cabe.

Puse el bolso en el artilugio ese que lo ve todo por rayos equis o algo así y te lo devuelve un poco más allá después de pasar una cortinilla, y, cuando lo recogí, era “mi bolso” y siguió siendo “mi bolso” hasta que, una vez fuera de la sala, en una cafetería cercana, lo abrí para pagar mi jerez con aceitunas (que a mí me gusta mucho eso de salir por la mañana y luego tomar algo de capricho en un sitio un poco coqueto, ¿sabe?) y, oh sorpresa, no era mi bolso... o al menos no era mío nada de lo que había dentro ¿Qué le parece?

Y en términos prácticos se podría decir que salía ganando con el trueque. Todos los artículos que contenía eran de mejor calidad que los míos... pero, bueno, mire... aquí lo tengo todo. Vea: un mechero de oro y el mío era de esos de tirar... porque parece oro, ¿verdad?; una pitillera de piel... eso sí, con una marca de cigarrillos que no me gusta; unas gafas de sol absolutamente preciosas... mírelas, mírelas... y que además me quedan bien, ¿a que sí?; un bolígrafo bien



bonito y muy nuevo, un espejito que... fíjese qué monería... tenga, que se lo regalo... y el boli también, que usted escribe mucho; y... tenga, hala, esta pluma también. Y un peine que no le falta ninguna púa. Y... y, bueno... una billetera preciosa y de excelente calidad con muchos más billetes de los que yo llevo jamás. Eso sí: documentación ninguna. Por más que he buscado por cremalleras, compartimentos, bolsillitos y qué sé yo... ¡Nada!, absolutamente nada.

Claro, que no puedo extrañarme porque yo hago lo mismo. Ni carnés, ni tarjetas, ni una agenda, ni... Total: que no hay forma ninguna de que me pueda poner en contacto con la persona que se llevó el mío equivocado.

¿Y sabe qué es lo peor de todo, lo que más siento, lo que más me duele?, ¿sabe qué es?

¡Con todo lo que tuve que patalear!

Cartas, llamadas telefónicas... Porque algunos vaya usted a saber dónde encontrarlos ya. Y las pistas desperdigadas todas.

Una tarea muy molesta, puede creerme. Hablar con personas desconocidas explicando que, sonriendo, saludando, y “encantada” y “no sabe cómo le agradezco”... Y anécdotas del año de la Tana y... ¡Oh, terminé hasta la coronilla!

Pero, bueno; todo hubiera sido por bien empleado de no haber ocurrido esta contrariedad. Porque estaban todos, ¿sabe?, absolutamente todos. Figúrese, hasta la criada vieja... que detestaba todo tipo de inventos... Con decirle que detestaba la radio y que jamás consintió en tocar un interruptor de la luz.

Otro que al parecer era muy reacio era el abuelo Crisóstomo. No por nada, a él era simplemente que no le gustaba; levantaba la mano con su cigarrillo y negaba con la cabeza. Sin embargo apareció una en casa de la tía Tirrena, entre multitud de cachivaches

en una caja de galletas. La tía Tirrena siempre lo guardaba todo y, allí estaba, el abuelo Crisóstomo y, casualmente, con mi hermana que no se lo merecía. Pero, ya le dije, era a la que más quería.

Había otra, pero nadie estaba muy seguro de que fuese de él porque estaba muy pequeño... de edad, quiero decir, de un tamaño *bien como de así por así* y decían que de cuerpo entero... En la boda de los bisabuelos, ya le conté.

Cuando al fin comprendí que se estaba refiriendo a una colección de fotografías presuntamente extraviadas en un (a mi juicio muy oportuno y premeditado) “trueque” desafortunado de bolsos mis sospechas se recrudecieron. Pero, y esto me produjo una especie de sorpresa con respecto a mis sentimientos y mi actitud frente a su disparatado comportamiento, surgió en mi ánimo algo como expectación, y gratitud y simpatía porque, al margen de cuáles fueran sus motivos (motivos que por otra parte se me empezaron a antojar de importancia secundaria o incluso enteramente nula), si yo estaba en lo cierto, ella habría creado un pequeño mundo únicamente para mi beneficio.

Valoré en mucho que lo que ella estaba haciendo no debía de ser en absoluto fácil; que si lo fuera lo haría todo el mundo los unos para con los otros y así, todos y cada uno enfrascados en sus respectivas creaciones, nadie tendría tiempo para pensar desatinos que luego dan disgustos y sinsabores.

Yo misma, por ejemplo, si inventar fuese sencillo (y no me considero una persona particularmente torpe), me habría servido de mi propia imaginación (que no poco afán puse en ello) y elaborado mis propios personajes. Sin embargo no había podido, prueba de ello es cómo hube de ingeniármelas para dar con quien sí era capaz de hacer algo semejante.

No...

Ahora estoy dando por hecho que todo es fruto de su fantasía, y no debo hacerlo sin tener plena seguridad.

Entre tanto lo correcto por mi parte es mantener el estar y seguirle la corriente, si bien ya no sé si lo hago por ella o por mí misma.

Es por eso que, en contra de lo acordado, le interrumpo muy diligente y digo:

-Ah pero por mí no se preocupe. Es más, ni siquiera debió tomarse tantas molestias por recopilarlas. Ya le dije en cierta ocasión que prefiero conocerlos como yo los he imaginado, ¿no se acuerda?

-Sí, claro – replica –, ya lo sé; pero en este caso no habría sido lo mismo. Está bien que no quisiera que yo se los describiese, una descripción es siempre subjetiva y se corre el riesgo de que desfigure la realidad. Pero, dese cuenta, estamos hablando de ¡auténticas fotografías verdaderas!

-Ya, ya – me mantengo firme –, pero aun así no quiero. Es como si temiera que la realidad me decepcione ¡Están tan elaborados en mi mente, con tanto detalle!

-Bueno. De cualquier modo ya hay que olvidarlo. Se perdieron todas.

-Si lo lamento es únicamente por usted... Tantos recuerdos, ¿verdad?, y tanto trabajo por mostrármelos. De veras que lo siento.

-Pues no lo sienta, le advierto, porque – y alza una mano en gesto displicente – a mí las nostalgias me traen al fresco. Lo que sí me chincha es que usted desprecie así, tan campantemente, todos mis desvelos.

-¡Pero si no los desprecio! Vamos, por Dios; no me malinterprete.

-Sin embargo – y aquí cambia de tono y parece animarse – se dio una circunstancia sorprendente... Bueno... increíble... Ya verá.

Y febrilmente va sacando del bolso todo lo que antes había puesto sobre la mesa y vuelto luego a aguardar.

-Aunque en realidad – de pronto parece un poco dubitativa – no es para tanto, porque... ¿qué es en realidad?, otro puñado de fotos... ¿y qué? No es, así, bien pensado, tanta casualidad; que fotografías en el bolso las lleva cualquiera, ¿no? Además, como son de personas que ni usted ni yo conocemos no nos hacen ilusión.

Y con expresión desencantada hizo ademán de devolver al bolso un envoltorio que primero había esgrimido ilusionada y que era de papel blanco y finito, casi transparente que me parece que se llama Manila.

-¿Qué quiere decir? – Me costó trabajo que en mi voz no se manifestara un cierto mosqueo –, ¿que en... que también había fotografías en el otro bolso?

-¡Exacto! – exclama triunfal. Y puntualiza –: en este bolso, porque ahora el *otro* bolso es *este* bolso.

-Ah... ¿Quiere que las miremos?

-Huy. A usted no le gusta. Me lo acaba de decir.

-Pero, como a estas personas no las conozco, no me importa mirarlas... Ande, traiga.

-Bueno – remolonea un poco –, ¿está segura?

-Claro, ¿por qué no? ¿Usted ya las ha visto?



-¡Oh!, no – y abre los ojos muy sorprendida.

-Pues, hala; las miramos juntas.

Y echo mano del envoltorio que ella mantiene agarrado y que se deja arrebatarse con expresión mohína, y despliego con parsimonia el papel blanco.

Tan pronto la primera fotografía aparece ante mis ojos los abro, desmesuradamente, y empiezo a pasarlas todas muy aprisa. Casi como un buen jugador de cartas manejaría una baraja.

-¡Oh! Es usted un ser absolutamente odioso  
¡¡¡Mala!!!

Tiro las fotografías sobre el mantel y me tapo la cara con las manos.

-¿Qué le pasa? – ella parece no entender nada.

-¡Taimada, falsa, ruin y despreciable! – y mi voz sale iracunda entre mis dedos y entrecortada por amargos sollozos.

-Bueno... no sé si soy todo eso. Uno nunca se conoce lo suficiente... pero, ¿qué la impulsa a cubrirme de improperios así tan de repente?

-¿Qué? ¿Cómo que *qué*?

-Sí. Que qué.

-Me lo ha hecho a mala idea – rujo tras mis manos.

-¿Qué le he hecho?

-¡Bruja!, ¡¡¡más que bruja!!!

-Uf...

-Sabía muy bien que no quería... ¡Pérfida!

-¿Pérfida?

-Mírelos. Todos ahí.

-¿Dónde?

-Ellos.

-¿Quiénes?

-Ooooh... ¿Era tan importante destrozar mis sueños?

-No sé de qué habla – y de verdad parece totalmente inocente.

-Mírelos, mírelos – y retirando de la cara una de mis manos desparramo las fotografías.

Ella las baraja lentamente y luego me mira, muy tranquila.

-Bien, ya las he mirado ¿Qué hay en estas fotografías que tanto la descoloca?

-Usted sabía muy bien que yo los quería seguir conociendo tal como los imaginé. Ha inventado toda la historia del bolso para tenderme una trampa.

-¿Una trampa? Pero si yo no sé quiénes son estas personas. No las he visto en mi vida.

-¡Ah!, ¿no?

-Nunca jamás.

-¡Mentira! Ahí están todos. Véalos, ¡cínica! La prima Emérita de pequeña, con su perrito y todo. El bisabuelo Montano, con sus grandes bigotes. La bisabuela Nuncia con su camafeo en el cuello. El abuelo Senén, la abuela Romana... Mire esta jovencita, es Clámide, la amiga de su hija.

-¿De mi hija?

-Y la criada vieja – continuo –, con su pelo en moño muy tirante y...

-¡Oh!, pero...

-Y la prima Práxedes. Fíjese: hasta con el tirolés...Y usted diciendo “mi prima Práxedes nunca se puso sombrero” ¡¡Mentirosa!! Lianta.

-Pero... esto...

-Ande, cállese. Otra... mire, el abuelo Senén aquí con su sombrero de ala ancha...Y... ¡esto es el colmo! El abuelo Crisóstomo con su traje *príncipe de Gales*...

-Vamos, cálmese.

-Mire aquí... ¿quién está con él?... Pues su hermana la pequeña, ni más ni menos.

-Vamos a ver si soy capaz de enterarme – y con mucho aplomo apoya los codos sobre la mesa y cruza las manos bajo su barbilla –. Quiere usted decirme que aquí están todos tal y como usted los pensó ¿Es así?

-Exactamente.

-Y... ¿no se da usted cuenta de que eso es del todo imposible?

-Pues, no lo sé. Pero aquí están.

-No están. No son ellos.

-Sí son ellos.

-No lo son – insiste.

-Pues entonces, ¿quiénes son?

-¿Quiénes?

-Ay, ay, ay. Que me estoy poniendo histérica pero que del todo del todo.

-Pues, hija mía – dice –, no hay por qué.

-¿Qué no?

-Por supuesto que no – y enciende un cigarrillo y expulsa el humo por la boca muy redondita, igual que una rosquilla – porque... está clarísimo, hija mía.

-No veo nada claro.

-Bien – sacude la ceniza en el cenicero y vuelve a cruzar las manos –: todo su temor era que la realidad destruyese la fantasía ¿Estoy en lo cierto?

-En efecto.

-Sin embargo – vuelve a sacudir la ceniza, y a cruzar las manos – parece que su capacidad para imaginar no ha salido del lance, para nada, mal parada.

-No entiendo.

-Usted acertó.

-¡Ah!, pero usted cuando me las enseñó aún no sabía que iba a acertar. Me forzó a correr un riesgo cruel.

-¡Un riesgo cruel! – Y me remeda con una sonrisa entre burlona y tierna – Qué bobada.

-Además – insisto en mi actitud –: ellos no son ellos.

-Mire – me mira como si yo hubiera sacado un diez en matemáticas y ella fuera mi mamá –, en eso tiene razón.

-Vaya. Qué bien – Y me rebullo complacida.

-Bueno, ¿y qué? – Y lanza un vigoroso chorro de azul que envuelve en una nube de humo al jabalí de bronce herido y al cazador que lo abatió, también de bronce; a su derecha, sobre una consola...

-Pues... – Tiene de nuevo los ojos clavados en mí, y me afano porque se me ocurra algo.

-Pues que: ¿Quiénes son? Ahora quien pregunta soy yo – y me echa todo el humo en la punta de la nariz.

-¿Quiénes son, quiénes? – y me parece que me estoy volviendo a hacer un lío.

-Quiénes son e-llos – y al decir “ellos” lo ha pronunciado despacito, separando las dos sílabas y golpeando con su uña pintada en el centro de mi frente; dos veces, una por cada sílaba.

-Umm...

-Claro... que... – y se queda como pensativa, mirando atentamente a cualquier parte con su media sonrisa dulce.

-¿Qué? – la apremio, con cierta ansiedad.

-Pues...

-Quizá... – Aquí sé que me he aventurado más de lo estrictamente prudente.

-¿Sí? – Y esta vez el humo no me da, pero por muy poco.

-A veces... – titubeo.

-A veces... – me hace eco y sacude la cabeza un par de veces despacito y, con su mano, más



concretamente sólo con el dedo índice, dibuja unos círculos en el aire, de atrás a delante.

-A veces... – casi lo tengo. De repente me lanzo –: El devenir de los acontecimientos es implacable a veces, ¿sabe?

-Ajá. Tiene buena memoria.

-No crea. Sólo trocitos sueltos.

-Puede valer.

-Pero: ¿y vivir? – trato de hacer memoria – A las once de la mañana ya no es posible hacer que el despertador vuelva a sonar a las ocho de ese mismo día.

-¿O tal vez sí?

-Oiga – protesto –, ¿se piensa echar atrás después de todo?

-No, no. Claro que no.

-¿Por qué no? – Echo mano de nuevo de la, al parecer, buena retentiva que me dio Dios entre las piezas del puzzle que me tocaron – Es su viaje, de usted, de ellos, para todos; y cada uno está pensando estar tomando sus propias decisiones y... guste o no guste, ahí está la provisionalidad de todos y todo lo demás.

-A mí me parece que ese trozo está un poco trastabillado – y en su tono aprecio un leve matiz de reproche.

-Es posible – concedo, humilde –, pero cuando cualquiera se baja del tren, no sé dónde, y se aleja pensando estar tomando su propia decisión, tal vez alguien esté sintiendo cómo se le parte el corazón...

-O por el contrario vendrá en su favor el desasimiento para terminar por empezar a asirse de la certidumbre de que el riesgo del peligro es impensable; y tirará para cualquier sitio y mirará para cualquier parte sin apresuramiento ninguno y... bueno...

-Usted, en cambio – le echo en cara tan fresca –, memorizando es bastante chapucera.

-Puede. Pero tenga en cuenta que lo vi muy deprimida. Acuérdesse. Tan sólo tuve tiempo de saltar las páginas aquella tarde que usted se quedó quieta, con los codos sobre la mesa y las manos...

-Ya – le interrumpo muy secamente –, cuando a usted se le paró el reloj.

-No, disculpe: se le paró a usted.

-A usted. Y me dijo que no había leído hacia atrás.

-No dije eso. Dije que no quería contestar.

-Vale, vale.

-Deberíamos marcharnos. Es muy tarde.

Ahora, por la noche, después de haber leído un poco de la novela que tengo sobre la mesilla (no es de misterio, que esa ya la terminé; esta es de “drama psicológico” y muy interesante) y haberme dado crema en las manos, y haber tirado los almohadones sobre el sillón, cuando ya iba a apagar la luz, me ha dado la tentación de escribir un poco.

Ya me dio hace un rato, pero me resistí porque quedan pocas páginas y quisiera reservarlas para una última cita con ella. No sería elegante no decirle ni adiós sin haberle dado las gracias, y no me gustaría tampoco interrumpirle a mitad de una frase y dejarla ahí con la palabra en la boca.

Ahora, cuando ya lo tengo abierto, me doy cuenta de que en realidad prefiero no escribir nada. Serían mis últimos pensamientos antes de nuestro

posiblemente definitivo adiós y, los finales, ocurre siempre, se prestan a sensiblerías absurdas. Terminaría por hablar de ella mucho mejor de lo que se merece y si, luego, alguna vez, alguien lo leyera, se resistiría a creer que ella es realmente muy buena persona; y a mí eso me molestaría mucho. Me molestaría pero si me enterase, claro; pero quien lo leyese no sabría quién soy yo (casi seguro) y aunque lo supiese no iba a venir a atreverse a discutirme a mí lo que yo sé muy bien.

Sí, por el contrario, la criticase un poco (aunque nada más fuera un poco) nadie daría crédito a mis palabras porque parecería, y no sin cierta lógica, que lo que me pasa es que estoy un poco dolida o que le tengo envidia.

De manera que mejor no escribir nada más por hoy y dejar que el tiempo corra.

Ahora estoy aquí, en la mesa que habitualmente ocupamos, esperándola. Casi siempre soy la primera en llegar pero no porque ella sea impuntual, que no lo es, es porque yo siempre me adelanto un poco.

Mírala, ahí llega.

Trae en la mano una bolsa grande, de asas, y dentro hay algo rectangular de contornos rígidos que me recuerda la caja de un puzzle... como los puzzles me son tan familiares.

A partir de ahora me dedicaré un poco más a ellos, que en los últimos meses los he tenido muy abandonados. A ella no creo que le gusten, al menos nunca me lo ha comentado. Aunque eso no quiere

decir nada, que hay muchas facetas de ella que desconozco.

-¡Hola!

Se ha parado junto a mí muy sonriente y, para mi sorpresa, se inclina y me planta un beso en cada mejilla. Nunca antes lo había hecho, siempre nos hemos saludado con un muy correcto “buenas tardes”.

-Hoy tengo un pequeño capricho – explica aún de pie.

-¿Sí?, ¿cuál?

-Pues que siempre encuentro apetecible aquella mesa.

Y señala precisamente a la única que yo desearía salvaguardar de extraños. Una mesa que es mi preferida y a la que acudo con una frecuencia que ella desconoce, junto a la cristalera. Pero tampoco quiero negarme. No me quiero negar porque me ha dado dos besos, y porque no quiero ser antipática en nuestra última tarde, y porque no tengo ganas de dar explicaciones.

-Está bien – digo –, vamos allá.

Nos sentamos y encendemos cigarrillos.

Permanecemos calladas. Parece que tanto ella como yo estuviéramos algo cohibidas.

Posa sobre el cuaderno abierto una mirada lenta y advierte con sonrisa tímida:

-Qué poquitas hojas quedan ya, ¿verdad?

-Sí – hago saltar con la punta del bolígrafo la orilla de las hojas en blanco –, muy pocas.

Se acerca el camarero con cara de “café con leche y unas pastas, como siempre. Gracias” pero, hoy, ella rompe mis esquemas con:

-¿Tomamos un whisky-sawer?

-¿Sí?

-¿Por qué no?



-Dos. Por favor – y cuando el camarero se marcha me vuelvo hacia ella y pregunto – ¿Y esa originalidad?

-¿Es inadecuado?

-No. Sólo diferente.

-Ya.

Nos sumimos en un nuevo silencio. Hoy me siento torpe.

Mientras juego tontamente con uno de los mecheros me pregunto si preguntarle “¿por qué me llamó?”.

Ella está manoseando distraída uno de los paquetes de tabaco y no le pregunto porque me doy cuenta de que en realidad no quiero preguntar; si lo hiciera sólo sería porque no se me está ocurriendo nada.

El mechero se me escurre rebotando sobre el mantel y, en un movimiento rápido por atraparlo, rozo sin querer su mano.

-Perdón.

-Ah, no. Nada... – Y tras una breve pausa agarra la bolsa y me la ofrece –. Es para... bueno, me gustaría que no estuviese repetido.

-¿Qué es?

-Sé que... Para las tardes de ocio.

-¿Un puzzle? Pero por qué... De todos modos, gracias, es verdad que me encantan... y, no, no lo he hecho nunca... Y el tamaño es perfecto. Tengo una tabla y mayor ya no cabe; pero éste sí.

El camarero vuelve con las bebidas y nos quedamos mirándolas como sin saber muy bien qué hacer.

-¿Brindamos?

Y alzamos las copas y las entrecuchamos, pero sin decir nada. Sólo nos miramos un instante y sonreímos.

-¿Qué se dice?

-Me parece que *salud*.  
 -Yo creí que también se podían formular deseos.  
 -Seguro que sí.  
 -Umm... ¡está rico!  
 -Muy bueno.  
 -¿Se sube a la cabeza?  
 -A lo mejor sí.  
 -Pues... lo mismo decimos tonterías.  
 -O nos contamos secretos.  
 -Yo no tengo secretos.  
 -Todo el mundo tiene algún secreto.  
 -Yo no.  
 -Seguro que sí.  
 -Que no, que no. De veras.  
 -No me lo creo.  
 -Bueeeeno.  
 -Que sí, tonta; que sí que me lo creo. Yo tampoco tengo.  
 -¿No?  
 -No.  
 -Sí. Puede ser.  
 -¡Ah! Debo de parecer muy simple.  
 -¡Vaya! Hoy toca suspicacia.  
 -Oh, sí, está muy bien... Yo soy suspicaz.  
 -Pero no pasa nada. Total... algo hay que ser.  
 -Ya. Pero hay cosas mejores.  
 -Y peores también.  
 -¿Qué es peor?  
 -¿Comparando... qué?  
 -Uf... Las comparaciones son odiosas.  
 -Sólo para quien se lleva la peor parte.  
 -No, no. Las comparaciones son odiosas siempre.  
 -No sé...  
 -¿Qué hay que saber?  
 -Huy... muchísimas cosas.  
 -Yo sé muy pocas.

-Lo mismo que yo.

-¿Lo mismo?... Nunca es *lo mismo*.

-Bueno. Con algunas diferencias.

-Ah; con pequeñas diferencias ya es otra cosa.

-Yo he dicho “algunas”. Pequeñas o grandes, vete tú a saber...

-No, sí, claro... ahí ya depende de tantas cosas que, sí, vete tú...

-Por eso... ¿Yo?, ¿adónde?

-Pues a saber, supongo.

-¿Y por qué yo primero?

-Pero, hija, si da igual...

-Pues, a ver, espérate... yo, me sé, me sé... me sé... me sé... Es que me da un poco de vergüenza...

-¡Qué tontería!

-Pues... “*el racionalismo cartesiano, crítico y demoledor, amenazaba con destruir, a golpes de razón, todas las verdades reveladas por la fe*”.

-Me deja usted atónita. Y, además, ¿así, todo seguido?

-Bueno... así es como venía en mi libro.

-Pues me parece prodigioso.

-¿De veras?

-Como se lo cuento. Yo jamás llegué a tanto.

-No se haga la modesta.

-Mire, se lo voy a demostrar y usted juzga: “*La plaza tiene una torre/la torre tiene un balcón/el balcón tiene una dama/la dama una blanca flor/Ha pasado un caballero/ ¿quién sabe por qué pasó?/y se ha llevado la plaza/con su torre y su balcón/con su balcón y su dama/su dama y su blanca flor*”.

-Lo que le decía. Demasiado para mí.

-¡Qué va a ser demasiado!

-Vaya. Si lo sabré yo.

Hemos terminado los whisky-sawers y el cenicero está hasta los topes de colillas. Tal vez alguien debería decir *es hora de marcharse*.

En la mesa contigua dos caballeros con aspecto de ejecutivos hablan en otro idioma de algo que parece muy caro. Un poco más allá un señor de maletín habla por un teléfono móvil; de su cara de circunstancias se desprende que la conversación tiene que ser absolutamente hilarante.

Yo los miro. A los ejecutivos, al señor del maletín y a una pareja de mediana edad que parece inmersa en una conversación posiblemente apasionante de la que no se alcanza ni palabra ya que utilizan un tono mesurado. En un momento cualquiera han dejado de mirarse y uno de ellos (la señora) nos ha mirado fugazmente, sin atención, y acto seguido ha desviado su mirada en otra dirección para, inmediatamente, volverla a nosotras ahora sí con una chispa de interés.

Y sé que en ese momento nos ha pensado. Y me pregunto, aun sabiendo – en la corta medida en que puedo saber después del whisky sawer – que mi pregunta es disparatada (pero me concedo sin ningún apuro permiso para disparatar puesto que no va a saberlo nadie), si al pensarnos no nos estará confiriendo aunque nada más sea un ápice de un **su** “nuestra existencia” y, cuando de nuevo retoma la apenas abandonada conversación con su interlocutor, me respondo que quién sabe si, quizá, aparte de las palabras que se digan y que no puedo oír, no le estará transfiriendo a él (al señor) una leve brizna de un **nuestra** “su existencia” que yo le he conferido a ella (la señora) en el instante en que, mirándola, la he pensado.



-A lo mejor todo es pensamiento y no existe nada más – Y lo he dicho en voz alta, sorprendida tanto de oír mi voz como de escuchar mis palabras.

-No tendría la menor importancia... o sí... ¡Y yo qué sé! ¿A qué vienen esas cosas?

-No sé. Se me escapó sin querer. Lo siento.

-Lo siento, lo siento – me está remedando y alza las manos al cielo –; cuando sentirlo no soluciona... ¡Hay que ser más prudente!

-Pero si sí existimos.

-¿Seguro?

-Claro.

-No sé.

-Tengo pruebas.

-¿Tienes pruebas?

-Sí, pero, mira, tú vas a tener que conformarte con fe; que yo me pongo a lo de la transferencia...

-¡Cómo! ¿Debo inferir que te estás refiriendo al celeberrimo fundamento de la teoría de la transferencia de la existencia conferida?

-Sin duda.

-Pues entonces no me digas más.

-¿Y ese tú?

-¿Qué tú?

-Nos estamos tratando de tú.

-Pero amigas no somos ¿O sí?

-No, no. Por Dios. Amigas no.

-Pues entonces tutéame. Si a mí lo que me fastidia son las confianzas.

-Igualito que a mí.

-Pero no quieres ser mi amiga. Pues te advierto que no soy tan horrible.

-No; si bien sí que me caes.

-Pues tú a mí, solamente regular.

-¿Sólo regular?

-No esperarías que te dijera que me pareces un encanto, ¿o sí?

-Pues no veo por qué no.

-Pues porque no quiero. Además, si te importa, ¿por qué no quieres ser mi amiga?

-Yo no he dicho eso.

-Sí que lo has dicho – insiste.

-Pero lo que he querido decir es...

-Me tiene sin cuidado – y me corta muy secamente -: Lo has dicho. Eso es todo.

-Bueno... de todos modos... tampoco tú quieres serlo mía.

-Pero es que yo lo digo de forma totalmente diferente. Di-fe-ren-te.

Que lo repite silabeando muy despacito.

-¿Y cuál es la diferencia...?, si puedo saberlo.

-Oye, si esto se va a convertir en un ir y venir de aclaraciones nos volvemos al *usted*; y tan contentas.

-Pues no sé qué decirte. Que hasta ahora nos habíamos llevado bien. Incluso cuando hemos tenido alguna tirantez la hemos solventado sin problemas. Nunca hemos tenido un altercado... no sé, irreversible, o algo así.

-Eso es verdad – y con la cabeza marca un leve gesto de asentimiento. Luego, dando un pequeño respingo, agrega en tono imperativo -: y, ahora, vámonos; que yo no sé tú, pero yo tengo una cantidad de cosas que hacer que no puedes hacerte ni idea.

Y se pone de pie y empieza a meter cosas en su bolso.

Yo, también de pie ya, no me decido a hacer ningún movimiento y sólo miro sus manos.

-Hoy estás muy lenta – se vuelve hacia mí y me da un beso fugaz cerca de la sien -. Hala, que me voy pitando. Hasta luego.

Ha dado algunos pasos ya alejándose entre las mesas.

Una vez sola voy cogiendo mis cosas de una en una, despacito, que es verdad que estoy lenta: el mechero, los cigarrillos, las gafas de sol...

Ya sólo queda cerrar el cuaderno...

Y, ciertamente, cerrado ha permanecido durante semanas o tal vez meses, que no llevo la cuenta.

Primero me dije que total tres hojas sobrantes, en blanco, no eran un fracaso o, en todo caso, eran un fracaso muy pequeño.

Es que, para mí, lo ideal hubiera sido que el cuaderno se acabase con una última cita.

Luego, para contentarme, me autoargumenté que las había dejado a propósito por eso de que a ella le gusta tener espacio por delante.

Más tarde, cuando en alguna ocasión me telefoneó y estuvimos hablando un rato, tuve la idea de escribir no ya nuestras conversaciones – que nunca versan en torno a grandes temas – y sí mis impresiones vinculadas a un tipo de relación que... ¿Qué es?... ¿Cuánto tiene de efímera o de eterna?

Porque, digo yo, los hijos, los padres, los hermanos, lo son durante toda la vida. Un marido, lo es mientras no se cancela el contrato matrimonial. Mi zapatero, mi peluquero, mi pescadero... lo son durante el periodo de tiempo – largo o corto – que yo permanezca conforme con la reparación efectuada a mi calzado, contenta con mi peinado o satisfecha con la ocasional rodaja de merluza.

Pero... ¿cómo ni con qué se cuantifica la durabilidad no avalada por la vigencia de un contrato, ni por unos lazos de sangre ni por trueque ninguno de intereses?

Sin embargo, no quise buscar las respuestas a estos interrogantes por mi cuenta porque me pareció deshonesto, porque si habíamos caminado juntas a lo largo de tantas páginas se me antojaba (se me sigue antojando) desleal no llevarla conmigo en la busca del conocimiento de ese algo que no era (no es) más mío que suyo.

Cuando finalmente volvimos a vernos, tras variopintas respectivas peripecias que en diversas ocasiones nos impidieron concertar una cita, me dije que no merecía la pena entrar en el tema porque, en sólo tres páginas en blanco, no habría lugar para consideraciones medianamente elaboradas o extensas; y empezar otro cuaderno quién sabe si no hubiera sido (yo misma no lo sé) una especie de... ¿cómo decirlo?... subterfugio, añagaza, un medio para mantener en pie algo cuyo único encanto y exclusiva razón de ser es, precisamente, permanecer sin apoyarse en nada.

Total, que pasan los días y hablamos de mil cosas, o de nada, pero nunca jamás de esto.

En fin. Aquí está, esto es “el cuaderno de pastas azules” que empecé sin saber mucho qué iba a ser de él. Y, bueno, mira si quieres con tus propios ojos lo que ha sido.



¿Sabes? Hubiera seguido siendo cuaderno para siempre; pero yo he querido – por si acaso tú alguna vez querías leerlo – ponerlo para ti en letra de imprenta y no que lo leyeseS teniéndote que desojar descifrando mi letra tan malisim... Huy, pero se me está acabando... En fin, haz lo que quieras...

FIN

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)

This document was created using  
**SOLID CONVERTER PDF**  
To remove this message, purchase the product at  
[www.SolidDocuments.com](http://www.SolidDocuments.com)